Amante Universal

444

OBRA TERMINADA

EL ANILLO DE SATANAS

(MEMORIAS DEL REINADO DE FERNANDO VI)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

Esta interesante obra, que consta de dos tomos, se repartirá por cuadernos de 32 páginas, en buen papel y esmerada impresion.

Sin embargo del lujo de la edicion, el precio de cada cuaderno sólo será

UN REAL EN TODA ESPAÑA

Se repartirá un cuaderno semanalmente; pero los señores suscritores que en vez de un cuaderno quieran recibir dos ó más, pueden indicarlo al repartidor y serán complacidos.

LÁMINAS DE REGALO.

En el trascurso de la publicacion recibirán los señores suscritores excelentes láminas, que representarán los principales episodios de esta importantísima obra.

Está terminada, y su precio es 56 reales en toda España.

PUNTOS DE SUSCRICION

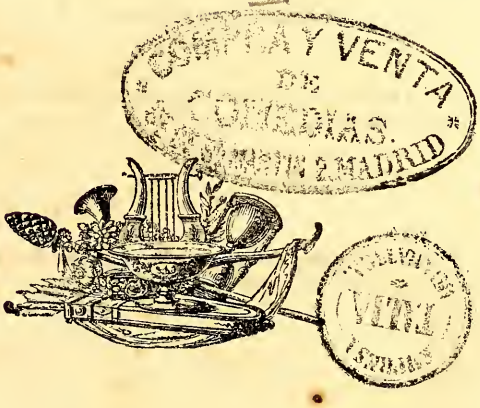
MADRID.—Administracion: calle de la Esgrima, núm. 2, 2.°, donde se dirigirán todos los pedidos y reclamaciones.

EL AMANTE UNIVERSAL.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.



MADRID.
IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN É HIJOS.

1847

PERSONAGES.	ACTORES.
LA CONDESA MATILDE.....	D.ª Matilde Diaz.
LA DUQUESA CLARA.....	D.ª Maria Cordoba.
DOÑA TEODORA, *sobrina de la Duquesa*.....	D.ª Josefa Palma.
DON CARLOS DE GUZMAN, *General*.....	D. Julian Romea.
DON FELIX DE TOLEDO, *primo de la Duquesa, capitan de navío*.....	D. Pedro Sobrado.
UN ABOGADO.....	D. Florencio Romea.
UN BANQUERO.....	D. Lazaro Perez.

La escena en una casa de campo de la Duquesa, inmediata á Madrid.

La accion empieza al anochecer de un dia y termina al amanecer del siguiente.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de la quinta de la Duquesa con puertas al foro y costados.

ESCENA I.

Por una de las puertas laterales salen al levantarse el telon D. Carlos *y* D. Felix.

Carlos. ¡Que otra vez vuelva á estrecharte! (*Abrázale.*)
Felix. ¡Abrázame, Cárlos mio!
Carlos. ¡Bien haya, amen, el estío
que fue causa de encontrarte!
Felix. Tras diez años de ignorar
uno de otro el paradero...
Carlos. Y, diga usted, caballero,
¿á quién hemos de culpar?
Sin decir oste ni moste
se está diez años muy largos...
Felix. ¡Ay, amigo; y cuán amargos!
Carlos. Mejor cara de preboste
no ví, Felix, que la tuya.
Felix. ¡Siempre el mismo!
Carlos. ¡Hasta morir!
Felix. Ya es locura tal reir.
Carlos. ¿Y quién no tiene la suya?
Felix. Un General ya debiera...
Carlos. ¿Se opone la risa al brio?
¿Y el capitan de navio
qué en ser alegre perdiera?
Pero, en fin, la seriedad
fue siempre tu privilegio:

611342

desde chico, en el colegio,
me prendó tu gravedad.

FELIX. Y á mí en los años primeros
tu travesura y donaire.

CARLOS. Pues hora estoy de mal aire.

FELIX. ¿Què es ello? ¿Faltan dineros?
Partiremos el bolsillo.

CARLOS. Gracias, Felix.

FELIX. ¡Cumplimientos!

CARLOS. Oro tengo, y sentimientos.

FELIX. ¡Tú, Cárlos!

CARLOS. Y es muy sencillo!
no se compra con el oro
lo que mi pecho ambiciona;
ni pagara una corona
lo que codicio.

FELIX. Un tesoro
Debe ser.

CARLOS. Nó, que son dos.

FELIX. ¡Dos tesoros!

CARLOS. Dos mujeres.

FELIX. ¿Y con dos, hacer qué quieres?

CARLOS. ¡Adorarlas, vive Dios!

FELIX. ¡Digo que estás rematado:
como nunca, Cárlos, loco!

CARLOS. Si nó, me falta muy poco.

FELIX. ¿De dos te has enamorado?

CARLOS. Y en uno soy dos Macías.

FELIX. ¡Cosas tienes singulares!

CARLOS. ¿No olvidaste en esos mares
aquello de, cosas mias?
Mas dime de tus fortunas.

FELIX. Pocas venturas, amigo.

CARLOS. ¡Pobre Felix!

FELIX. Verdad digo:
pero desdichas algunas.
Diez años há, por desgracia,
ví en Cádiz una mujer,
que un ángel pudiera ser
por su rostro y por su gracia.

Enamoréme...

CARLOS. ¡Tú, amor!

FELIX. ¡Y tan grande, tan ardiente,
que hoy mismo el alma lo siente
con su antiguo inmenso ardor!
Sufrí templados desdenes,
gocé de honestos favores:
y á pocos meses de amores
ofrecí mi mano y bienes.

CARLOS. ¡Soltaste la blanca mano,
pecador! Ya no me admiro
cuando tan triste te miro.
¡Disparate soberano!

FELIX. No sé si es loco ó si es cuerdo
casarse: mas yo lo hiciera,
si un rival no lo impidiera.

CARLOS. ¿Cómo anduviste tan lerdo?

FELIX. ¡Culpa fue de mi destino,
fortuna de mi rival!
Yo teniente, él General...

CARLOS. ¡Vamos! el resto adivino:
los padres... ella inconstante...

FELIX. Mártir ¡ay!

CARLOS. ¿Hubo violencia?

FELIX. Cedí yo.

CARLOS. ¡Por la Excelencia
te vendió, cuitado amante!
Tú, Amadís de nuestro siglo...

FELIX. Huí, Cárlos, á la Habana.

CARLOS. Y ella quedóse aqui ufana
á vivir con su vestiglo.
¿Y en Cádiz la has vuelto á ver?

FELIX. Vine á Madrid por no hallarla,

CARLOS. ¿Aun no has podido olvidarla?

FELIX. Mientras viva, no ha de ser.
Vamos, vamos á tu historia,
que ha de ser curiosa y bella.

CARLOS. Entre la tuya y mi estrella
hacen linda pepitoria!
Yo era teniente tambien

cuando en Madrid me dejaste;
y cuando te desterraste
amaba... Ya no sé á quien.
Tuve despues mil amores,
buenas y malas jugadas,
grados, cruces, estocadas,
herencias, deudas y honores.
Hice versos en campaña,
cortejé cien mil patronas,
pinté Apolos y Madonas,
ví á Francia, regresé á España.
Fuí, en resúmen, jugado r
(muy malo, soy caballero),
poeta fuí, viagero,
soldado, amante y pintor.
A veces tuve fortuna,
otras rodé cuesta á bajo,
muchas salí con trabajo,
pero infamado ninguna.
Mas hoy, Felix, ¡ay dolor!
(no te rias que es de veras).
Sí, con dos flechas certeras
me ha herido á un tiempo el amor!

FELIX. ¡Dos mujeres!

CARLOS. Nó: dos cielos;
una blanca, otra trigueña.

FELIX. ¿Y una chata, otra aguileña?

CARLOS. ¿Te burlas de mis desvelos?
¡Soy infeliz!

FELIX. ¿Calabazas?

CARLOS. No, Felix.

FELIX. ¿De qué te quejas?

CARLOS. De que parecen dos viejas,
segun eluden mis trazas.
No las puedo persuadir
de que á entrambas las adoro.

FELIX. ¿Qué diablos con ese moro
estilo has de conseguir?
¿Quién son tus damas?

CARLOS. La una

tu parienta.

FELIX. ¿Quién? ¿Teodora?

CARLOS. La misma.

FELIX. Es encantadora;
gran nombre, inmensa fortuna!

CARLOS. ¿De la Duquesa tu prima,
que en su quinta nos hospeda,
piensas tú que me conceda
su mano?

FELIX. En mucho la estima.
Mas tú te llamas Guzman...

CARLOS. Tengo propia pingüe renta..

FELIX. La faja por algo cuenta...

CARLOS. Es verdad: me la darán.
¿Y la otra?

FELIX. ¿Quién?

CARLOS. La viuda.

FELIX. ¿Cuál?

CARLOS. La blanca: la Condesa.

FELIX. Pues á Teodora ó á esa,
perderás, no tiene duda.

CARLOS. ¡Perder alguna! ¿Y por qué?
Cedan las almas vulgares;
para adorar dos altares
me siento Felix con fé.

FELIX. ¡Quien mucho abarca...!

CARLOS. Y rivales
tengo.

FELIX. ¿Sí?

CARLOS. Gente que embiste.

FELIX. ¿Pues la viuda que dijiste?

CARLOS Ella es causa de mis males.

FELIX. ¿Y quién toca ese registro?

CARLOS. Es un flamante abogado,
aprendiz de diputado,
y pretendiente á ministro.
Dice que tiene *mision*
sobre la tierra; que aspira
á cantar en bronca lira
no sé que triste pasion:

pero come á dos carrillos,
bebe puro y de lo caro,
habla mucho y con descaro,
bulle en cafés y en corrillos;
escribe en treinta periódicos;
baila la polka en el filo
de una espada; y tiene el hilo
de cien lances espamódicos.
La viuda á la pelota
juega con él.

FELIX. Y hace bien:
pero Teodora...

CARLOS. ¡Tambien!

FELIX ¿Hay quien esa te escamota?

CARLOS. Un quidam, que no hace un año
era pobre mendicante,
y hoy, rico, grande, elegante.

FELIX. ¿Qué dices? ¡Prodigio estraño!

CARLOS. ¿De dónde sales, marino?
Pues qué, ¿no sabes que hay *treses*
que pueden en pocos meses
hacer un Dios de un pollino?

FELIX. Te veo en grave peligro.
¡Un ministro!—¡Un propietario!

CARLOS. No prosigas, temerario.

FELIX. Huye de aquí.

CARLOS. Yo no emigro.
Es posible que hoy enganche,
si tengo suerte, á las dos.

FELIX. Gran corazon, vive Dios!

CARLOS. Y aun le queda algun ensanche.
Mira, Felix, yo no sé
por qué causa se censura
que, si hay mas de una hermosura,
adore á todas mi fé.
No haya mas de una belleza
y yo seré *mono-amante*,
mas ¿cómo he de ser constante,
si es varia naturaleza?

FELIX. Locos hay en Zaragoza

con mucho menos motivo.

CARLOS. Tú eres cuerdo en ser cautivo
de ese amor que te destroza.

FELIX. Silencio: Clara y Teodora
ya del café se retiran.

CARLOS. Veremos como me miran
tus ojos, encantadora!

ESCENA II.

La DUQUESA, TEODORA, CARLOS, FELIX.

DUQUESA. Vamos, niña, al tocador,
que pronto vendrán las gentes.
¡Aquí mi primo, y Guzman!
¿De qué tratarán ustedes?

FELIX. Recordamos mocedades.

DUQUESA. ¿Y no aventuras presentes?

CARLOS. Yo no ha mucho recordaba
la rosa de estos vergeles. (*A Teodora.*)

(Carlos y Teodora en conversacion; Felix y la Duquesa lo mismo al otro estremo del tablado.)

TEODORA. ¿Quién es hoy?

CARLOS. ¿Quién ha de ser?
La que adora el alma siempre.

DUQUESA. Es, Felix, una viuda
jóven discreta y alegre;
honrada, ademas, y rica;
te digo que te conviene.

(*La pantomima de Felix indica que se resiste.*)

TEODORA. Si usted á todas les dice
lo mismo, ¿puedo creerle?

CARLOS. Urbanas frases, Teodora,
nunca á un hombre comprometen;
ni ser con todas galan
es razon de que se infiere,
que no ha de haber en su pecho
quien la palma á todas lleve.

DUQUESA. La Condesa vá á venir,
deja que yo te presente,
sé cortés; si no te agrada

retirarte en salvo puedes.
FELIX. Clara, yo tengo un amor...
DUQUESA. Esas, Felix, son vejeces.
TEODORA. Veremos: nada prometo.
CARLOS. ¿Me permite usted que espere?
DUQUESA. Teodora, en oir á Carlos
te advierto que el tiempo pierdes.
CARLOS. ¡Duquesa!
DUQUESA. Nos conocemos.
(*A Teodora.*) Felix su brazo te ofrece,
acéptalo; vé á vestirte.
TEODORA. ¿Y tú, tia, no te vienes?
DUQUESA. Allá voy en cuanto diga
dos palabras.
CARLOS. ¿A mí?
DUQUESA. Breves.

ESCENA III.

La DUQUESA *se sienta y con el ademan indica á* CARLOS *que haga lo mismo.*

CARLOS. (*Aparte.*) No me gustan, vive Dios,
conferencias tan solemnes.
DUQUESA. No ponga usted ya la cara
compungida del que teme
que justas reconvenciones
sus imprudencias motejen.
CARLOS. Yo, Duquesa, nada temo.
(*Aparte.*) ¡Qué diablos decirme quiere!
DUQUESA. ¿Nada dice esa conciencia?
CARLOS. Nada.
DUQUESA. ¡Vá! A todo se aviene;
mas la mia de tutora...
CARLOS. ¡Jesus! en años tan verdes...
DUQUESA. Sé lo que soy, y no busco
que Don Cárlos me requiebre.
CARLOS. Pues oculte usted sus gracias
si le enoja las celebren.
DUQUESA. ¡Calavera!

CARLOS. ¡Qué injusticia!
DUQUESA. Cierto ¡cuitado inocente!
Sin contar por esos mundos
qué sé yo cuántas mujeres,
aquí en mi casa, á mis ojos,
el General pisaverde
á la Condesa y Teodora
juntas de amores requiere.
La viuda, vaya en gracia,
sabrá como defenderse;
pero mi pobre sobrina
que del mundo y sus vaivenes
nada sabe; que en las flores
no vé oculta la serpiente!
Guzman, ni usté es generoso
cuando su conquista emprende,
ni yo debo consentir
que al precipicio la lleve.
CARLOS. ¡Válgame el cielo, Duquesa!
¿Es posible que usted piense...?
DUQUESA. Que usted en estas materias
ancha manga y pecho tiene;
que requiebra por costumbre,
mas que nunca un lance pierde;
y que, si nada consigue,
basta que el mundo lo piense.
CARLOS. ¡Ha de tener tan mal gusto
Teodora, que en mí se emplée!
DUQUESA. ¡Hipócrita! usté es buen mozo,
Don Cárlos, no hay quien lo niegue;
noble nació; es General
en la edad de los alféreces;
talento y gracia le sobran,
sus locuras entretienen;
y lo que en juicio le falta
lo suple con lo valiente.
La que á tanto se resiste
digo, Guzman, que es muy fuerte.
CARLOS. ¿Se ha propuesto usté embromarme?
DUQUESA. Yo sé que usted no lo cree.

CARLOS. ¡Ay de mí, si hago la prueba!
DUQUESA. ¿Quién le estorba á usted que pruebe?
CARLOS. ¿Si yo dijera: «Duquesa,
»ya que en tanto usted me tiene,
»oiga propicia mis votos?»
DUQUESA. No tema usted que me niegue.
CARLOS. ¿Será verdad?
DUQUESA. Sí por cierto.
CARLOS. De esos labios los claveles
mal dijeran, en verdad,
¡Oh Clara! crudos desdenes!
(*Levántase la Duquesa y la sigue Guzman.*)
DUQUESA. Guzman, ¿qué está usted diciendo?
CARLOS. De amor, de entusiasmo hierve
mi sangre, Clara divina.
¡Amor, amor para siempre!
DUQUESA. ¿A Teodora?
CARLOS. ¡A Clara, á Clara!!!
DUQUESA. ¡A mí! ¡Santo Dios, valedme!
CARLOS. Y yo necio que no osaba
á mi ventura atreverme!
(*Toma con entusiasmo una mano á la Duquesa.*)

ESCENA IV.

Dichos, la CONDESA MATILDE *de sombrero.*

MATILDE. Si he quebrantado el onceno
mandamiento...
DUQUESA. ¡Que tal digas!
¿Cuándo estorban las amigas?
CARLOS. (*Aparte*) ¡La viuda por quien peno!
MATILDE. La verdad, hay ocasiones...
DUQUESA. Este Guzman es un loco.
MATILDE. Muy galan.
CARLOS. (*Aparte.*) ¡Ay!
DUQUESA. Poco á poco;
Matilde, has visto visiones.
MATILDE. ¿Clara, sí? sea enhorabuena,
yo tengo la vista corta

y en cosa que no me importa,
se me dá muy poca pena.

DUQUESA. El señor quiere á Teodora.

MATILDE. ¡Tambien!

CARLOS. (*Aparte.*) Tambien, ¿por qué no?

MATILDE. Sí; á la tia requebró,
mas á la sobrina adora.

DUQUESA. A veces las apariencias...

MATILDE. (*A Cárlos con intencion.*)
Mucho engañan, ya lo sé.

CARLOS. (*Aparte.*) ¿Cómo del paso saldré?

DUQUESA. El mundo tiene exigencias...

MATILDE. Muy crueles. ¿Verdad, Clara?
Dar la mano á un pretendiente
de Teodora es inocente;
y otra que yo sospechara...!

CARLOS. La espera á usté el tocador, (*á la Duquesa.*)
Señora; bella Condesa, (*á Matilde.*)
perdone usté á mi sorpresa...
(*Aparte.*) Válgame aquí lo hablador.
(*Aparte á la Duquesa.*) Vaya usted, que yo me encargo
de desmentir la sospecha.
(*Aparte á Matilde.*) Matilde, si usted la echa...

MATILDE. (*Aparte.*) Lo que he visto...

CARLOS. (*Aparte.*) Sin embargo.
(*A las dos.*) Muy lucido estará el baile;
la ópera ayer fué divina...

DUQUESA. (*Aparte.*) Este hombre me desatina.

CARLOS. Duquesa, tiene usté un fraile.
(*Bajándola el vestido*)

ESCENA V.

Dichos, TEODORA *ya vestida.*

TEODORA. Por Dios, tia, que es ya noche.
¡Matilde! (*Se abrazan y besan.*)

MATILDE. ¡Bella Teodora!

TEODORA. ¿Aqui estabas?

MATILDE. Llego ahora.

TEODORA. Pues no he sentido tu coche.
DUQUESA. Vea usted que compromiso. (*Aparte á Cárlos.*) por esa mala cabeza!
CARLOS. Yo enmendaré mi torpeza. (*Aparte á la Duquesa.*)
DUQUESA. Matilde, con tu permiso.
Ven Teodora.
TEODORA Voy allá. (*Despídese de Matilde.*
(*Aparte.*) ¡Don Cárlos solo con ella!
CARLOS. (*Aparte á Teodora.*)
¡Qué hermosa está usted! ¡qué bella!
DUQUESA. (*A Matilde.*) Don Cárlos te entretendrá.
(*Vánse la Duquesa y Teodora.*)

ESCENA VI.

DON CARLOS, MATILDE.

(*Matilde se sienta con afectada indiferencia, toma un libro y se pone á leer: Don Cárlos la observa y parece indeciso.*)

CARLOS. (*Aparte.*) ¡Nublado el cielo! Señal
evidente de tormenta.
MATILDE. (*Aparte.*) ¡Me ha de pagar, vive el cielo,
venderme por una vieja!
CARLOS. (*Aparte.*) Es el diablo esta viuda:
no sé por dónde la emprenda.
MATILDE. (*Aparte.*) ¿Tan en poco ya me estima
que hasta engañarme desdeña?
CARLOS. (*Aparte.*) Yo rompo. ¡Audacia! Probemos:
salga el sol por Antequera!
(*A Matilde.*) ¿Qué entretenida está usted?
¿Es sabrosa la leyenda?
MATILDE. Sí, Don Cárlos; me entretienen
los lances de esta novela.
CARLOS. ¿Son muy nuevos?
MATILDE. Nó: comunes.
CARLOS. ¿Y á usted lo antiguo recrea?
MATILDE. Todo es viejo en este mundo.
CARLOS. ¡Hasta el amor!
MATILDE. ¿Quién lo niega?

No el amor, porque ese existe,
tal vez, no mas que en la idea,
pero ha siglos que en el orbe
se propala esa quimera.

CARLOS. Negar usted el amor,
siento decir que es blasfemia.
Tanto vale llamar nieve
la llama que nos incendia.

MATILDE. Muy bonito y muy bien dicho,
pero son palabras huecas.

CARLOS. ¡Qué incredulidad!

MATILDE. Acaso
cuando llegue á los cuarenta
puede ser que, como alguna,
en amor sincero crea.

CARLOS. (*Aparte.*) ¡Ay mi jamona! (*Alto.*) Entretanto...

MATILDE. Entretanto soy incrédula.

CARLOS. ¡Conforme!

MATILDE. No entiendo.

CARLOS. Yo
trataré de que me entiendan.
Si á usted un hombre sincero,
que por sus encantos pena,
«muero de amor,» mas de un año
por tarde y noche dijera;
y si el tal, como soldado,
careciendo de elocuencia,
mas sentir que ponderar
supiera su llama intensa;
para dejar de creerle
cualquier fútil apariencia
bastara. ¿Es verdad, Matilde?

MATILDE. Cierto: cualquier bagatela,
como verle, por ejemplo,
de una beldad reverenda
estrechar contra sus labios
la mano.

CARLOS. Y cuando eso fuera,
¿no hay razones que esplicaran
el hecho?

MATILDE. ¡Qué desverguenza!
CARLOS. Supongamos que una dama
esquiva me desespera,
y que acudo, por salvarme,
de los celos á la prueba...
MATILDE. Es donosa la salida,
pero me hace poca fuerza.
CARLOS. Para probar que fué ardid,
tal vez torpe, en nuestra guerra,
¿no le basta comparar,
santa mujer, á cualquiera?
Yo hago juez aqui al espejo:
contemple usted su belleza,
y dígame si es posible
que haya un mortal tan babieca,
que de Matilde se aparte
por conseguir la Duquesa.
MATILDE. Cuanto mas bajo el motivo
menos disculpa la ofensa.
CARLOS. Si yo fuera el Abogado,
posible es que me creyeran:
él solo tiene ventura.
MATILDE. Sabe tal vez merecerla.
CARLOS. No niego yo lo que vale:
tiene espedita la lengua,
tiene crédito.
MATILDE. Y constancia.
CARLOS. No me gana en esa prenda.
MATILDE. ¡Bien por Dios!
CARLOS. Sí, lo repito;
tambien yo constancia eterna
puedo jurar, sin temor
de que el tiempo me desmienta;
que conozco una mujer,
mal dije, es una hechicera,
que el corazon me ha fijado
de amor con aguda flecha.
MATILDE. ¿Y esa dama está casada?
CARLOS. No á fé.
MATILDE. Pues será soltera.

CARLOS. Tampoco.
MATILDE. Pues es viuda.
CARLOS. Forzosa es la consecuencia.
(*Levántase Matilde.*)
MATILDE. Para que usted la conquiste
ha de amarla muy de veras.
CARLOS. Con el alma y con la vida.
MATILDE. No ha de adorar otras bellas.
CARLOS. En ella toda hermosura
á mis ojos se compendia.
MATILDE. Si usted un dia tan solo
de constante amor da pruebas,
tal vez...
CARLOS. ¿Tal vez?
MATILDE. Yo qué sé;
mas amor ablanda peñas;
y mujer que á un hombre escucha
satisfacciones como estas,
no me parece imposible
que al cabo un dia le quiera.
CARLOS. ¿Será verdad?
MATILDE. Lo primero
es probar la consecuencia;
y tenga usted entendido,
que mujeres de mis prendas,
si amables oyen al hombre
que las sirve y galantea,
nunca dan el corazon
de veras mas que en la iglesia! (*Váse.*)

ESCENA VII.

DON CARLOS.

¡Iglesia!! Siempre lo mismo!
¡Ponzoña de los amores,
áspid oculto entre flores,
matrimonial parasismo!
¿Yo he de lanzarme en tu abismo?
¿Yo he de renunciar por tí

á cultivar ¡ay de mí!
este amor *omni-queriente*,
que profeso consecuente
desde el dia que nací?

ESCENA VIII.

Dichos y Don Felix.

Felix. Cárlos: ¡Qué estremos! ¿Qué es ello?
Carlos. Ser nacido en hora mala.
Felix. ¿Qué te sucede? ¡por Dios!
Carlos. ¡Una terrible desgracia!
La viuda que te dije...
Felix. ¿Qué? ¿te ha dado calabazas?
Carlos. No, Felix, nó: lo contrario.
Felix. ¿Lo contrario?
Carlos. Sí, me ama.
Felix. ¡De eso te quejas! ¿Pues no
dijiste que la adorabas?
Carlos. Y la adoro; pero escucha:
¡Me han hablado de casaca!!
¿No te horrorizas?
Felix. ¿Por qué?
Carlos. ¡De bronce tienes el alma!
¿No te figuras ya verme
hacer, por Semana Santa,
el paso en la procesion
con la dueña de mi casa?
¿Lucirla por Corpus Cristi,
al Prado en coche llevarla,
y vivir, como una ostra,
en la concha de sus sayas?
¿No me ves con un chiquillo,
por dogal á la garganta,
admirado cuando chilla,
y asombrado cuando calla?
¿No imaginas, si me llego
por acaso á una muchacha,
que al verme tuerce el hocico

y las narices se tapa,
diciendo: «Jesus que asco!
»esta olla está pasada!»?
¿No miras cómo á un tresillo
entre dos viejas me amarran
en los bailes, y me sientan
á los salones de espaldas?
Si soy celoso, me silban;
si nó, me tienden la capa;
si la acompaño, soy posma;
si va sola, soy un mandria;
avaro, si anda modesta,
despilfarrado, si gasta!
En público me censuran:
¿Y en secreto, qué me pasa?
Si me quiere mi mujer,
de amor y celos me mata;
si nó, Felix... Ya me entiendes,
no tiremos de la manta.
Si esto á tí no te horroriza,
¿por qué diablos no te casas?

FELIX. Todo eso, Cárlos, es bueno
para dicho, tiene gracia:
pero cuenta el matrimonio
tambien inmensas ventajas.
Dos corazones unidos,
que casto amor firme enlaza,
del mundo á las tempestades
oponen fuerte muralla.
¿Quién, si padeces, dará
mas dulce alivio á tus ansias
que una bella compañera,
amiga á un tiempo y amada?
Y los hijos, dulces prendas,
tiernos pedazos del alma,
¿No serán verdes capullos
en la nieve de tus canas?
Al pobre le dá su esposa
fortaleza en la desgracia,
y poco de sus tesoros,

:

sin ella el rico gozára.
No quieras; ¡ay! como el hongo,
vivir sin raiz ni ramas;
mira que al tronco que está
solitario en la montaña,
aunque fuerte, fácilmente
el huracan le descuaja!

CARLOS. Hazme el favor de decirme
cuándo demonios te embarcas.

FELIX. ¿Tanto te pesa el oirme
que ya quieres que me vaya?

CARLOS. ¡Miedo me das!

FELIX. ¡Calavera!

CARLOS. Miedo, Felix; y no es chanza,
porque me van conmoviendo
los idilios que me cantas.

FELIX. Y es tiempo ya de que pienses,
Cárlos, en sentar tu baza.

CARLOS. ¿Y esta costumbre maldita
de requebrar cuantas faldas
se me ponen por delante?

FELIX. Todo consiste en quebrarla.

CARLOS. Yo no vivo sin amor.

FELIX. Lo tendrás dentro de casa,
siendo bella tu mujer.

CARLOS. Será la primer semana.

FELIX. Luego vendrá la costumbre.

CARLOS. ¿Y si antes, Felix, me cansa?

FELIX. La obligacion contraida...

CARLOS. Cadena es siempre y pesada.
Yo fuera esposo modelo
en pais de poligamia:
un solo amor, caro amigo,
te lo confieso, me espanta.

FELIX. Una mujer ingeniosa,
sin ser inconstante, es varia:
hoy te prenda por humilde
y por entera mañana;
si aqui al favor te encadena
al desden allá te amarra.

CARLOS. ¿Será cierto? Y la Condesa,
tesoro rico es de gracias.
FELIX. Pues siendo asi, Cárlos mio,
la ocasion la pintan calva.
CARLOS. Alto pues; cambio de frente,
y á banderas desplegadas,
al campo del Himeneo
me voy con bagaje y armas!
FELIX. Bien: yo seré tu padrino.
CARLOS. Pues abrázame. ¿Qué aguardas?
¡Voy á buscar mi futura,
á soltar la vil palabra!
á Dios, libertad querida,
á Dios, las pompas mundanas;
me caso. ¿No es penitencia
mayor que entrar en la Trapa? (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON FELIX.

¡O quién tuviera ese humor!
¡Quién de todo hiciera burla!
A pocos concede el cielo
¡ay de mí!—tanta ventura.
(*Quédase pensativo y siéntase.*)

ESCENA X.

Dicho y MATILDE.

MATILDE. (*Sin ver á Felix.*) Hoy prolonga el tocador
mucho mas que lo acostumbra.
¡Pobre mujer! La deslumbra
con sus frases mi traidor.
¿Dónde estará? Indiferente
no me busca, y yo esperaba...
¡Apostemos que esto acaba
por amarle sériamente!
FELIX. (*Levantándose sin verla.*)

¡Siempre la misma quimera!
¡Siempre este mismo martirio!
¡Mi necio amor, ó delirio,
conservaré hasta que muera!
(*Vénse.*)
¡Matilde!

MATILDE. ¿Quién es?

FELIX. Un hombre
tan en todo desdichado,
que apenas, si le han quedado
sus desgracias y su nombre.
Yo soy Felix de Toledo;
diez años há no pisé
mi patria, mas que guardé
su memoria decir puedo.
¿Acaso usted no recuerda
que me conoció algun dia!
A mí la memoria impía
cuanto ha pasado me acuerda.
Perdone usted si importuna
le parece mi presencia,
que venir dulce violencia
ha sido de la fortuna

MATILDE. Tal ha sido mi sorpresa
viendo á usted en tal parage,
y de su estraño lenguaje
tan grande ha sido la priesa,
Señor Don Felix, que apenas
responder ni callar puedo;
porque si callo concedo,
si respondo aumento penas.
Recuerdos de la niñez
muy tarde ó nunca se olvidan:
mas no por deuda se pidan
memorias á mi altivez!
¿No pudo en tan larga ausencia
calmar el resentimiento,
pensar que con sentimiento
se cedió á la conveniencia?

FELIX. ¡Ah! Que el amor verdadero

nunca á conveniencias cede!

MATILDE. Usted disputarlas puede
A un andante caballero.

FELIX. ¡Oh sí! ¡No soy de este siglo!

MATILDE. ¿Por que nació usted en él?

FELIX. ¿Habrá mujer mas cruel?

MATILDE. No señor: soy un vestiglo:
escuché niña á un teniente
muy buen mozo, pero pobre;
y le quise, aunque era sobre
sentimental, exigente.
Pidió un General mi mano,
mi familia se la dió...

FELIX. ¡Pronunciara usted un nó!

MATILDE. Disparate soberano!
¿Resistir á aquella edad?
¿Y qué hicieramos casados?

FELIX. ¡Ah!

MATILDE. ¿De chiquillos cargados,
pedir pan por caridad?
Cedí entonces con dolor
al mandato de mi tia;
mi bien ella conocia
mas que yo: mucho mejor.

FELIX. ¿Con que ha sido usted feliz?

MATILDE. Pan y cebolla mi Juan
no me dió: mas con el pan
me dió el buen viejo perdiz.

FELIX. ¡Le ha podido usted amar?

MATILDE. ¿Amar? no sé: le he querido
como se quiere á un marido
desvelado en agradar.
Hasta al morirse pensó
en mi bien; si soy Condesa,
si rica, mi fé confiesa...

FELIX. ¿Condesa usted?

MATILDE. ¿Por qué no?

FELIX. ¿Y conoce á Guzman?

MATILDE. Sí.

FELIX. ¿Al General?

MATILDE. Ciertamente.
¿Pero usted está demente?
FELIX. Poco me falta. ¡Ay de mí!
Ya el muerto tiene remplazo.
MATILDE. Estoy, Don Felix, viuda.
FELIX. ¿Y no amante?
MATILDE. Eso está en duda.
FELIX. ¡Hoy ciñe á usted nuevo lazo!
MATILDE. Pues mas sabe usted que yo.
FELIX. Soy de Cárlos confidente;
me ha dicho que usted consiente.
MATILDE. ¿Quién se lo dijo? Yo nó.
FELIX. ¿Pero, en fin, usted le ama?
MATILDE. ¿Es usted mi confesor?
FELIX. ¡Ah! ¡piedad de mi dolor!
MATILDE. ¡Ay! ¡qué marino tan dama!

ESCENA XI.

Dichos, la DUQUESA *y* TEODORA *de baile,* DON CARLOS *dando el brazo á la primera.*

DUQUESA. (*Aparte.*) Mi primo con la Condesa:
esto cuadra á mi proyecto.
(*A Matilde.*) Mucho he tardado.
MATILDE. En efecto;
mas que bella estás, Duquesa!
CARLOS. (*Aparte á Matilde.*)
Por Dios, caridad, Matilde!
MATILDE. ¿Vamos al jardin, Teodora?
CARLOS. (*Aparte á Teodora.*)
Sí, hermosa!
TEODORA. (*A Matilde.*) ¿Vamos?
(*Aparte á Cárlos.*) ¡Me adora!
CARLOS. (*Aparte á Teodora.*) Y sin quitarle una tilde.
DUQUESA. Sí, del fresco gozaremos;
y solas. Estos señores
permitirán.
CARLOS. De las flores
envidiosos quedaremos. (*Vánse las damas.*)

ESCENA XII.

CARLOS. (*Aparte.*) Juntas las tres, no me pesa
no ir con ellas, á fé mia.
FELIX. (*Aparte.*) ¿Quién tal lance esperaria?
Nada iguala á mi sorpresa.
CARLOS. (*Aparte.*) Y en sabiendo este mochuelo
cuanto pasa, habrá sermon!
FELIX. (*Aparte.*) Cuando él sepa mi pasion,
¿qué va á decir, santo cielo?
CARLOS. ¿Qué haces ahí tan pensativo?
FELIX. Iba á decir otro tanto.
CARLOS. No me falta algun quebranto.
FELIX. Penando sabes que vivo.
CARLOS. ¡Ay de mí!
FELIX. ¡Triste de mí!
CARLOS. ¿Los dos en la misma nota?
FELIX. ¡Eh! ¡Ya estamos de chacota!
CARLOS. ¡Para burlas estoy; sí!
FELIX. Cárlos, te quejas de vicio.
Tu amada te corresponde.
CARLOS. ¿Pero cuál de ellas? Responde.
FELIX. ¿Quiéres hacerme un servicio?
CARLOS. Dí cuál es.
FELIX. Hablar formal,
ó no hablarme.
CARLOS. Concedido.
FELIX. ¿En fin, la mano has pedido...?
CARLOS. Te diré: el lazo nupcial,
aunque en principios se funda
que respeto, es cosa grave;
tú me lo pintas muy suave,
pero en efecto, es coyunda.
FELIX. No te he pedido un discurso;
una respuesta y no mas.
CARLOS. Si tú me escuchas, verás
que no tengo otro recurso.
FELIX. Pero ¿qué diablos ensartas?
CARLOS. ¿No quieres formalidad?

FELIX. Sí; mas tambien claridad.
CARLOS. Pues no me embrolles las cartas.
FELIX. ¿Pediste, en fin, esa dama?
CARLOS. A pedirla fuí derecho.
FELIX. ¿Y lo has hecho, ó no lo has hecho?
CARLOS. Pues en eso está la trama.
FELIX. ¿Qué trama?
CARLOS. La del destino
FELIX. No te entiendo por quien soy.
CARLOS. Pues bien claro hablando estoy.
FELIX. Acaba ó me desatino:
ya no tengo mas espera.
CARLOS. Sabe el secreto, rebiento,
escúchame que lo cuento,
y suceda lo que quiera.
Iba á casarme resuelto,
mas casarme no es mi estrella:
hallé á Teodora tan bella,
que libre fuí, y libre he vuelto!
FELIX. ¡Ah! respiro.—Has hecho bien.
CARLOS. ¡Eso dices!
FELIX. Bien, repito.
CARLOS. ¡Yo aguardaba un sermoncito,
y me das el parabien!
FELIX. Sí, amigo, que el matrimonio
es una cosa muy grave,
y aunque yo lo pinté suave...
CARLOS. Ese es un plagio, demonio.
¡Qué estraña revolucion
hicieron cortos instantes!
«Cásate,» me dices antes,
con empeño, con uncion:
«no te cases,» con empeño
tambien, me dices ahora!!
FELIX. A quien dos damas adora
querer casarle es un sueño.
CARLOS. ¿Pues antes ya no sabias
que era bígamo mi amor?
FELIX. Lo pensé luego mejor
CARLOS. Di: ¿A Matilde conocias?

FELIX. Poco... muy poco... de vista.
CARLOS. ¿Serás, Felix, mi rival?
FELIX. ¡Ah! no me juzgues tan mal.
CARLOS. Vamos pasando revista...
FELIX. No te canses, que me voy.
CARLOS. ¡Te vas! ¿Y á dónde?
FELIX. A Sevilla.
CARLOS. De prodigio en maruvilla
me llevas.—¿Y cuándo?
FELIX. Hoy;
y no me preguntes mas
que responderte no puedo. (*Váse.*)
CARLOS. Loco, aguarda.—Hay tal enredo!
FELIX. (*Dentro.*) Cárlos, á Dios por jamás.
(*Don Cárlos haciendo estremos le sigue.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon de la quinta de la Duquesa, con puertas al foro y costados. Es de noche, los salones estan iluminados, se oye la música, los del baile entran y salen continuamente.

ESCENA I.

La DUQUESA *y* DON FELIX.

DUQUESA. ¡Buena la haces, botarate,
si no te encuentro al salir!
¡Con que te gusta, la quieres,
y te retiras asi!
FELIX. Clara, el cielo te perdone...
DUQUESA. ¡Eres bravo paladin!
FELIX. Si tengo un rival amado...
DUQUESA. ¡Es gran remedio el huir!
¿Quién te ha dicho que le quiere?
¿Que no te prefiere á tí?
¿Pretendes apenas llegas
con esa pasion febril,
que se te rinda Matilde?
Lo de vine, ví y vencí,
está bueno en las novelas
de Galaor y Amadís.
FELIX. Años há que de Matilde
soy, Clara, amante infeliz!
DUQUESA. Con que es ella!
FELIX. Sí, la misma,
y siempre ingrata ¡ay de mí!
DUQUESA. (*Aparte.*) No lo estraño! (*Alto.*) Si me escuchas
tal vez consigas tu fin,

y para tí trueque en galas
Matilde el triste mongil.

FELIX. Imposible.

DUQUESA. Lo veremos.

FELIX. ¿Cómo?

DUQUESA. Déjame decir.
tú la obsequiaste rendido
y ella burlóse de tí;
pues acude sin tardanza
de amor al eterno ardid.

FELIX. No te entiendo.

DUQUESA. Dale celos.

FELIX. ¡Matilde celos de mí!

DUQUESA. Los tendrá, que una mujer
de su orgullo en el zénit,
no gusta de que su esclavo
mas humilde quiera huir.

FELIX. ¿Y con quién?

DUQUESA. ¡Con quién! ¿Qué importa?
con una mora zegrí!
Con mi sobrina, ó conmigo,
ó con las dos, ó con mil.

FELIX. No sabré.

DUQUESA. ¿Tanto te cuesta
que te gustamos, fingir?

FELIX. No es eso: mas si la enojo...

DUQUESA. ¿Qué perderás, Felix, dí?
¿No estás ya sin esperanza?
Pues si al cabo has de morir,
ensaya el remedio heróico.
Vuelve, vuélvete al jardin,
dale el brazo á la primera
que halles suelta por allí,
muéstrate fino, rendido,
llámala rosa de abril,
aunque fea te parezca,
si Matilde puede oir.
Tú verás como se ablanda...

FELIX. De mí te quieres reir!

DUQUESA. Podrás ser en tu navio

muy valeroso adalid,
pero en amor...

FELIX. ¡Tengo tanto
que no lo acierto á mentir!

DUQUESA. Haz un ensayo conmigo...

FELIX. ¡Clara!

DUQUESA. Vamos.

FELIX. ¡Imposible!

DUQUESA. ¡Felix!

FELIX. Vaya.

DUQUESA. Rompe al fin.

(*D. Felix haciendo un esfuerzo se acerca á la Duquesa, y le toma una mano.*)

FELIX. ¡Señora!

DUQUESA. ¡Jesus que tono!

FELIX. ¡Sois una flor!

DUQUESA. ¿De alelí?

FELIX. Si te me burlas no hay medio
de que pueda proseguir.

DUQUESA. Déjate de ese lenguage
muy bueno en tiempo del Cid;
dí sin temor: «Es usted
»mas bella que un serafin,
»yo la adoro, y ruego humilde
»que sus ojos fije en mí.»
No suspires, no te aflijas
cual si fueras á morir,
que las mujeres tememos
mas que la garza al neblí
á un amante jeremias
de retórica sutil.
Otra vez.—Audacia, Felix.

FELIX. Vamos, no sé que decir.
Los marinos, Clara mia,
viven tan dentro de sí,
que de las artes del mundo...

DUQUESA. No saben lo que Merlin,
ya lo veo: pero es fuerza,
que aprendas, claro, á fingir;
ó te prepares á ser

siempre víctima infeliz.
Tu amigo viene (*Siéntase*)... A mi lado...
Sentimental—bueno: así.

(*D. Felix se sienta al lado de la Duquesa que le coloca en actitud sentimental, y aparenta escucharle ella misma con grande interés. D. Cárlos aparece por el foro con aire de mal humor.*

ESCENA II.

La Duquesa, Don Felix, Don Carlos.

Carlos. (*Aparte.*) ¿Qué yerba habré yo pisado
que todo me sale mal?
¡Oh noche! ¡Oh baile fatal!
Felix. ¿Nos mira? (*Aparte á la Duquesa.*)
Duquesa. (*Aparte á Felix.*) No ha reparado.
Carlos. (*Aparte.*) Matilde con el Ministro
en fárfara; la Teodora
con el Banquero... ¡Traidora!
Muy bien. ¿Y yo qué administro?
No encuentro ni á la Duquesa.
¡Cuerpo mayor!—¡Bah! ¿Qué importa?
Felix. ¿Tiene Cárlos vista corta? (*Aparte á la Duquesa.*
Duquesa. Ya mira. (*Aparte á Felix.*)
Carlos. (*Reparando.*) ¡Calle! ¿Ni esa?
Duquesa. Primo, de amor repentino
á mi edad no se confia.
Carlos. (*Aparte.*) Esta es fiel; esta es la mia.
Calabazas: lo adivino.
Duquesa. Bien; tú me juras constancia;
si cumples el juramento,
no digo...
Carlos. (*Aparte.*) ¡Soy un jumento!
Duquesa. ¿Si otra pasion...?
Carlos. (*Presentándose.*) Esa es rancia.
Duquesa. ¡Cómo! ¿Usted nos acechaba?
Felix. ¡Carlos!
Duquesa. ¡Bonito papel!
Carlos. ¡Señora!

DUQUESA. ¡Es cosa cruel!
Espiarnos.
CARLOS. Yo pasaba
sin designio...
DUQUESA. Por supuesto.
CARLOS. Y sin quererlo escuché...
DUQUESA. Que Felix me ama... ¿Y bien, qué?
CARLOS. Que callo y le cedo el puesto.
DUQUESA. Antes de ceder, amigo,
posesion se ha de tener.
Vamos, Felix: (*A Don Cárlos.*) podrá ser
le llame para testigo. (*Vánse.*)

ESCENA III.

DON CARLOS.

¡Me han dejado hecho una mona!
¡Digo, el marino, el cobarde!
¡El mocito empieza tarde,
mas me birló la jamona!
Del mal el menos: sintiera
mas que el otoño de Clara,
que en Teodora me quitára,
la florida primavera;
ó que la antigua pasion
de Matilde el hado impío
renovase, y sin estío
dejára mi corazon.
¿Pero, en fin, Cárlos, qué hacemos?
Si en pos de las tres me afano,
claro está que lo que gano
perder es amor y estremos.
Ello es triste, pero cierto,
una sola hay que escoger;
una sola, y para ser
marido... ¡Primero muerto!
Pues renunciar á las tres
y vivir á lo cartujo...
Teodora es como un dibujo:

me caso... y me aburro al mes.
De Matilde el claro ingenio
sospecho que ha de fijarme...
¡Mas gusta de predicarme,
y yo tengo mal genio!
Clara prefiere al marino...
¡Bobería...! Está celosa;
me conviene para esposa,
sabe vivir, tiene tino...
Pero tambien los cuarenta;
y con diez años encima...!!!
Felix, te cedo á tu prima,
y saldemos nuestra cuenta.
¿Qué hago, cielos? ¿Qué escoger?
Célibe soy y me aburro,
y si en casarme discurro
siento el cabello crecer.
¿Sí? Pues que ruede la bola,
á la fortuna me entrego.
Mi Matilde... ¡Ah ya estoy ciego!
A esta quiero y á esta sola.

ESCENA IV.

DON CARLOS, MATILDE.

MATILDE. ¿Pues cómo tan solitario
el galan de cien beldades?
CARLOS. ¿Y cómo tan sin cortejo
el ídolo de galanes?
MATILDE. Porque el ídolo, Don Cárlos,
se está quieto en los altares,
y sabe que el humo es humo.
CARLOS. Pero cierto mi homenage.
MATILDE. ¿A Teodora? ¿A Clara? ¿A mí?
Usted mismo no lo sabe.
CARLOS. Mi corazon de usted sola...
MATILDE. No lo dudo: en este instante:
pero, en fin, Señor Don Cárlos,
fuerza será que esto acabe,

que ya es pesada la burla
con mujeres principales.

CARLOS. Protesto que mi respeto
á mi amor puede igualarse.

MATILDE. Justo es respetar á todas,
que todas son respetables;
pero amar á todas es
corazon tener muy grande.

CARLOS. Matilde, usted en mi pecho
reina sola y sin rivales.
¿Por qué no exige usted pruebas?
¡Ah! cuantas yo pueda darle,
juro...

MATILDE. ¡Si no hay juramento
que Don Cárlos no quebrante!

CARLOS. Permítame usted...

MATILDE. Inútil:
ya á mí no puede engañarme.
Teodora me ha confesado
que usted esta misma tarde,
apenas eterno amor
acababa de jurarme,
tambien á ella... No creo
que presuma usted que caben
Teodora y Matilde juntas
en un pecho... Y esto baste. (*Váse.*)

ESCENA V.

DON CARLOS.

¿Qué es esto cielos? ¿Qué es esto?
¿No hay un rayo que me abrase?
¿Mas para qué quiero rayos
si ya me abrasan desaires?
¡Perdidas Clara y Matilde!
Pues bien, altivas beldades,
tal vez os debo la dicha
que pensais arrebatarme.
¿Del incrédulo equinoccio

no fué locura prendarse?
¿En Matilde, qué ilusiones,
viuda y coqueta, caben?
En tus brazos, inocencia,
corro, vuelo á refugiarme.
Vírgen casta, suave estrella,
que pura y fúlgida naces,
pon término con tu amor
á mis locas mocedades.
¡Lástima que no me escuche,
porque es un trozo admirable!
¡Oh ya viene...! Mi fortuna
aquí á punto me la trae.

ESCENA VI.

Don Carlos, Teodora.

Carlos. Gracias á Dios, señorita,
que ya libre de galanes
podrá usted unos minutos,
si es que se digna, escucharme.
Teodora. Don Cárlos, si ora me aparto
de la confusion del baile,
que es solo buscando á usted
debo ingenua confesarle.
Carlos. ¡Oh delicioso candor!
¡Oh franqueza inimitable!
¿Teodora, cómo he podido
merecer favor tan grande?
Teodora. El tiempo vuela: no quiero
que mi tia lo repare:
escúcheme usted, le ruego,
ya que es forzoso que le hable.
Carlos. (*Aparte*) Tenemos lo de intenciones:
mas me resuelvo á casarme.
Teodora. Usted, General, me honra
de unos meses á esta parte
con atencion cortesana...
Carlos. ¡Con amor imponderable!

TEODORA. Y aunque jóven, ya del mundo
se me alcanza lo bastante
para saber que esas cosas
en sério no han de tomarse.
CARLOS. Usted se engaña, Teodora,
mi amor sincero y constante...
TEODORA. Sincero no sé qué diga,
pero firme, como el aire...
CARLOS. ¿Tambien oye usted calumnias?
TEODORA. ¡Tambien...! ¿Luego hubo otro lance?
CARLOS. Nó, mi bien: pero no ignoro...
TEODORA. Tampoco estoy ignorante
de que usted á cuantas vé...
CARLOS. ¡Es cosa de suicidarse!
Porque hablando con las damas
en cortesano lenguage,
tal vez soy tan lisongero
que me paso de galante,
¿Se ha de presumir, Teodora,
que soy tan necio, tan frágil,
que no ha de poder mi amor
en parte alguna fijarse?
Si en la rosa purpurina
la mariposa inconstante
detiene el vuelo, y tal vez
mover las alas no sabe;
si el aura inquieta en el bosque
en reposar se complace;
si en la pradera el torrente
sus aguas tranquilo esparce;
hallando yo la fragancia,
la sombra y florido esmalte
en usted, que es, mi Teodora,
no una mujer, sino un ángel,
¿Por qué dudar de que puede,
y para siempre, fijarme?
TEODORA. Si á usted le dejan hablar
no han por cierto de ahorcarle.
CARLOS. Pues bien: apiádese usted.
TEODORA. Procure usted enmendarse.

CARLOS. ¿Puedo esperar...?
TEODORA. Fuera en vano.
CARLOS. Tal rigor...
TEODERA. Ese me salve.
CARLOS. ¿Mi delito?
TEODORA. La inconstancia.
CARLOS. ¿Otra vez?
TEODORA. Siento enojarle,
pero sepa usted, Don Cárlos,
que me pretende ya en balde;
pues no he de ser la rival
de quien me sirve de madre. (*Váse.*)

ESCENA VII.

DON CARLOS.

(*Despues de una breve pausa, durante la cual parece confundido.*)

¡Todas! ¡Las tres! ¡Oh ilusiones!
¿Vuestros ensueños que valen?
No hay que dudar; ya en Madrid
para mí no habrá beldades:
estas corren la palabra
y me lloverán desaires.
Huyamos, pues; justamente
me deleitan los viages.
¡La fuga!—¿Y sin combatir?
Nó, que fuera deshonrarme.
Sangre fria; meditemos
con detencion este lance.
Felix amaba á Matilde:
¿Pudo tan pronto mudarse?
No es su género... Aqui hay trampa:
Clara ha querido asustarme.
¿Matilde, que ya conoce,
ha mucho tiempo mis aires,
se asombra de una chiquilla
de quien pudiera burlarse?
Si su enojo es verdadero,

que en la frente me lo claven.
La Teodora, vaya en gracia,
de veras pudo enfadarse:
pero no, que sus palabras
resueltas, punzantes, acres,
no sientan bien en la boca
de una niña tan amable.
¡Ah Duquesa! Vuestra mano
aqui no puede ocultarse:
se conjura contra mí.
¿Y á dónde quieren llevarme?
Está claro: á uncirme al yugo
de himeneo en los altares.
¿Guerra á muerte? ¿No es verdad?
Pues guerra, esterminio, sangre;
y la victoria al mas fuerte
en las lides, al mas hábil.
¡Ola! ¿Qué es esto...? ¿Varones?

ESCENA VIII.

DON CARLOS, DON FELIX, *el* ABOGADO, *el* BANQUERO.

FELIX. Cárlos, celebro encontrarte.
ABOGADO. General, vengo á pedirle
de audiencia algunos instantes.
BANQUERO. Quisiera cierto negocio
que entre los dos se tratase.
CARLOS. Caballeros, soy de ustedes;
ya escucho: pueden hablarme.
FELIX. Es urgente... Con permiso.
Oyéme, Cárlos, aparte.
ABOGADO. Perdone usted: la cuestion
para mí es muy importante.
BANQUERO. Y no sufre dilaciones
el negocio que me trae.
CARLOS. Yo soy uno, tres ustedes,
y si en trozos no me parten,
alguno ha de ser primero
y otros dos han de esperarse.

FELIX. Yo tengo la primacía.
CARLOS. Pues estoy pronto á escucharte.
ABOGADO. Yo no cedo mi derecho,
General, indisputable.
BANQUERO. Ni yo, que del tiempo aprecio
en su valor los quilates.
CARLOS. Los tres lo pierden ustedes
sin mas fruto que estorbarse.
Una de dos: ó los tres
á un tiempo sus pechos me abren,
en cuyo caso es posible
que los sesos me devanen;
ó á su vez me van diciendo
lo que intentan confiarme;
y pues soy el confidente,
yo elejiré el que me cuadre:
di tú, Felix.—Soy de ustedes.
Ya puedes desahogarte

(*Don Felix y Don Cárlos en un estremo del Teatro.—El Abogado y el Banquero al otro.*)

FELIX. Años hace, Carlos mio,
que soy de Matilde amante.
CARLOS. De la Duquesa tu prima
lo eres solo de esta tarde.
FELIX. Ardid fué, te lo confieso,
debilidad el prestarme.
CARLOS. ¿Invencion de la Duquesa?
Ya conozco yo sus artes.
FELIX. Mas del amor á Matilde
la llama en mi pecho arde,
como el dia que primero
á sus pies me vió postrarme.
CARLOS. Diez años de amor es fecha,
sobre todo amando en balde.
FELIX. La encuentro libre, y mi vida
yo quisiera consagrarle.
CARLOS. Consagra, Felix, consagra.
FELIX. ¡Ah! Si tú no lo estorbases...!
CARLOS. ¡Yo estorbarlo!—No por cierto.
FELIX. Ella te ama.

CARLOS. ¡Disparate!
FELIX. ¿Qué dices?
CARLOS. No ha dos minutos
que acaba de desahuciarme.
FELIX. ¿Dices verdad?
CARLOS. Te lo juro.
FELIX. ¡Oh ventura imponderable!
CARLOS. ¡Eres cortés!
FELIX. ¡Ah! Perdona.
De júbilo no me cabe
el corazon en el pecho.
¡Cárlos, deja que te abrace!
¿Qué quieres que haga por tí?
CARLOS. Nada, Felix, que te cases;
que de tu fácil victoria
eso bastará á vengarme. (*Váse Felix.*)
Señor Banquero.
BANQUERO. Aquí estoy.
ABOGADO. ¡Yo el último! ¡Qué desaire!
BANQUERO. Pensando en establecerme
cual conviene á un hombre grave...
CARLOS. Ni tengo hija, ni hermana
con quien pueda usted casarse.
BANQUERO. Lo sé: pero en cambio tiene
reputacion formidable
de seductor...
CARLOS. ¿Y usted quiere
en su servicio emplearme?
BANQUERO. No señor; lo que pretendo
es tan solo que se aparte
de mi camino.
CARLOS. ¿Y cuál es?
¿Teodorita?
BANQUERO. Hácia otra parte...
CARLOS. Su tia. ¡Yá!
BANQUERO. Varié.
CARLOS. No hace mucho.
BANQUERO. Hombre, que diantre,
cuando un negocio se pone
así, vamos, de mal aire,

el que es prudente lo deja
mucho antes de engolfarse.

CARLOS. ¿Es decir que la muchacha
no quiere?

BANQUERO. No: es muy amable,
me ha ofrecido su amistad.

CARLOS. Ya comprendo, eso equivale,
y lo siento, á calabazas.

BANQUERO. Con la tia he de casarme.

CARLOS. Que sea por muchos años.

BANQUERO. ¿Si usted no me disputase...?

CARLOS. ¿La posesion de una dama
para mí tan respetable?
No señor: yo reconozco
en usted tantas y tales
prendas, que á ese consorcio
le dan derecho innegable.

BANQUERO. Muchas gracias, pero usted
(ruégole que no lo estrañe),
permitirá que procure
saber antes de casarme
hasta qué punto mi honor
puedo á Clara confiarle.

CARLOS. Lo mas prudente seria,
señor mio, no embarcarse,
ó embarcarse á ojos cerrados.
Mas pregunte usted, no obstante.

BANQUERO. ¿La Duquesa ha dado á usted,
así... no acierto á esplicarme...
vamos... prendas ó palabras...?

CARLOS. No señor: me hizo desaires.

BANQUERO. ¡Mujer juiciosa y discreta...!

CARLOS. ¿Usted se atreve á insultarme?

BANQUERO. Mil perdones... no señor...
quise decir... (fiero lance)
si indiscreto...

CARLOS. Basta: entiendo.

BANQUERO. Cuando usted necesitare
poner fondos en Paris,
ó si á la bolsa jugare,

tendré un placer en servirle,
y lo haré casi de balde *(Vase.)*

CARLOS. Mil gracias. (*Al Abogado.*) Cuando usted quiera.
(*Aparte.*) Que facha de botarate.

ABOGADO. La cuestion que nos ocupa,
señor General, es grave.

CARLOS. Mientras la ignore, no puedo
saber si es ó no importante.

ABOGADO. Soy letrado.

CARLOS. Lo celebro.

ABOGADO. Y Diputado.

CARLOS. Adelante.

ABOGADO. Soy siempre en la mayoria
de los hombres principales!

CARLOS. Con verle á usted se conoce.

ABOGADO. Relaciones familiares
me enlazan con los Ministros.

CARLOS. Pues ya es usted bombre grande.

ABOGADO. Soy hidalgo.

CARLOS. En hora buena.

ABOGADO. Tengo hacienda en Castro-Urdiales.

CARLOS. ¿Cebada?

ABOGADO. Poca.

CARLOS. Lo siento.

ABOGADO. Comercio en el cabotage;
soy literato...

CARLOS. ¡Prodigio!

ABOGADO. Y, en fin, pretendo casarme.

CARLOS. ¿Conmigo?

ABOGADO. Nó.

CARLOS. Buenas noches.

ABOGADO. Permítame usted que acabe.
Mi corazon, que á los tiros
de amor no es invulnerable...

CARLOS. ¡Ministerial y sensible!

ABOGADO. Casos hay escepcionales.

CARLOS. En resumen, la Condesa
el pecho supo ablandarle.

ABOGADO. ¿La Condesa? Diré á usted:
no puede en verdad negarse

que es hermosa, que es discreta,
que es rica, en fin, adorable;
pero al cabo ya es viuda,
y en el mundo, usted lo sabe,
una viuda es viuda,
la viudez tiene percances...

CARLOS. Pues no ha mucho que á sus pies
le ví á usted rendido amante.

ABOGADO. Cierto: son galanterías
que no pueden escusarse;
pero ella misma conoce
lo absurdo de nuestro enlace.

CARLOS. Ya estoy: no quiere.

ABOGADO. Temiendo
filos de lenguas mordaces;
y me ha dado un buen consejo:
que con Teodora me ease.

CARLOS. Escelente.

ABOGADO. Yo no temo
ni temer debo rivales:
sin embargo, hay apariencias,
tremendas aunque falaces;
y usted comprende que un hombre
cual yo, en gubernamentales
círculos tan conocido,
un hombre, en fin, de los graves,
no se arroje al matrimonio
como un fátuo petulante.

CARLOS. Ya lo veo.

ABOGADO. En tal supuesto
me atreveré á interpelarle,
aunque no está en las costumbres
de filas ministeriales,
para saber si Teodora,
en uno de esos instantes
en que las niñas se pierden
sin saber lo que se hacen,
contrajo algun compromiso
con usted, bastante grave
para que de su himeneo

mi pensamiento se aparte.

CARLOS. Aunque tal vez por usted
debiera á todo negarme,
en obsequio de Teodora,
para mí muy respetable,
diré á usted, que de su labio
no pudo nunca escaparse
ni una palabra que deba
retraer ni á usted ni á nadie.
Esa niña, á cuyo mérito
tributé humilde homenage,
me desaira.—Ya lo he dicho,
váyase usted, no me canse,
que aunque es mucha mi paciencia
es posible que se acabe.

(*Váse el Abogado.*)

ESCENA IX.

DON CARLOS.

La Duquesa no ama á Felix,
ni al Banquero mi Teodora;
Matilde le dió á ese fátuo
calabazas y muy gordas;
Marino, Creso y Pedante,
variando de maniobra,
sus blancas manos ofrecen
respective á *Doña otra;*
yo cumplí mi obligacion,
tengo á cubierto la honra;
ya saben que desairado
estoy, esos papamoscas.
¿Mas me declaro vencido?
¡Bah! Que no canten victoria:
mucho les falta que hacer,
y á mí el aliento me sobra.
Les ha de costar sudores
que me pronuncie en derrota.
Matilde con el marino:

bien: dejémoslos á solas.
Quien se lleva el gato al agua
se verá en muy breves horas. (*Váse.*)

ESCENA X.

MATILDE *del brazo de* FELIX *prosiguiendo una conversacion que se supone comenzada.*

MATILDE. Amigo, es cosa muy séria
pasar á segundas bodas.
FELIX. ¡Diez años de suspirar...!
MATILDE. Está bien, pero fué á solas:
deme usted tiempo, veremos.
FELIX. ¡Siempre cruel como hermosa!
MATILDE. Calle usted que viene gente.
(¿Cómo salir de este posma?)
FELIX. ¿No lograré que á mis votos
al menos se me responda?
MATILDE. Responderé.
FELIX. ¿Pero cuándo?
MATILDE. Antes que luzca la aurora.
Váyase usted, que se acercan.
FELIX. ¿Sin una esperanza sola?
MATILDE. O se vá usted ó le doy
mi negativa redonda.
(*Váse Felix saludando humildemente.*)
Gracias á Dios... ¡Y Don Cárlos
á mí renuncia! Estoy loca.

ESCENA XI.

MATILDE *se sienta pensativa en un sofá. Aparecen por el foro del brazo, el* ABOGADO *y* TEODORA.

ABOGADO. Si usted no acepta mi mano,
oh bellísima Teodora,
ciñe á mis sienes, lo juro,
del martirio la corona.
TEODORA. Morir de amor! ¡Bobería!

No, amigo, pasó la moda.
Agradezco hasta no mas
el favor con que me honra...

ABOGACO. Pronuncien un sí esos labios.

TEODORA. ¿Tan de pronto?—Usted me embroma;
pero déjeme le ruego.
que quien nos mire aquí á solas
pudiera pensar...

ABOGADO. Mi mano...!

TEODORA. (*Soltándole el brazo y haciendo una reverencia.*)
Muy buenas noches.

ABOGADO. ¡Señora!
(*Váse confuso.*)

ESCENA XII.

MATILDE.—TEODORA.

TEODORA. ¡Qué amor tan parlamentario!
¡Qué discursos y qué prosa!

MATILDE. ¡Pobre jóven!

TEODORA. ¡Ay Matilde!

MATILDE. ¿Te persigue?

TEODORA. Me sofoca.

MATILDE. Y á mí Felix.

TEODORA. Pero ese
es, Matilde, otra persona.

MATILDE. Un santo será, si quieres,
pero á mí no me enamora.

TEODORA. Don Cárlos, tal vez, Matilde
conquistar tu afecto logra.

MATILDE. ¡Don Cárlos! ¡Un calavera!
Gracias á Dios no estoy loca.

TEODORA. Haces bien; su poco juicio...

MATILDE. Su conducta escandalosa...

TEODORA. Su inconsecuencia...

MATILDE. Su lengua...

TEODORA. ¿Quién le ha de amar?

MATILDE. Una tonta.

ESCENA XIII.

Dichas y la DUQUESA, *á quien se ve soltar el brazo del* BANQUERO *antes de entrar en escena.*

DUQUESA. ¿A quién haceis, hijas mias,
quereis decirme, esas honras?
TEODORA. A un calavera.
MATILDE. A un grosero.
DUQUESA. ¡Que os tiene, acaso, celosas!
TEODORA. A mí no tal.
MATILDE. Le desprecio.
DUQUESA. Pero en fin, ¿cómo se nombra?
TEODORA. El General.
MATILDE. Tu Don Cárlos.
DUQUESA. ¡Mio! ¡La alhaja es preciosa!
TEODORA. Ya ves: tenemos razon.
MATILDE. Y justicia que nos sobra.
¿Un hombre que se permite
engañar una tras otra,
y en una noche, á tres Damas!
DUQUESA. ¿Qué hiciera con tres fregonas?
MATILDE. Que como letra de cambio
cede su amor y le endosa.
DUQUESA. ¿Luego sabes...?
TEODORA. ¿Quién te ha dicho?
MATILDE. ¿Y quién os dijo á vosotras?
DUQUESA. El Banquero.
TEODORA. El Abogado.
MATILDE. Y á mí Felix en persona.
Se ha dignado el Señor mio
permitir que sea su esposa.
DUQUESA. A mí tambien...
TEODORA. ¿Cómo, tia?
DUQUESA. Me cede.
TEODORA. Y á mí.
MATILDE. ¡Qué embrolla!
DUQUESA. Poco á poco: esto merece
una venganza espantosa.

MATILDE. Entendámonos primero.
DUQUESA. Nada, es muy clara la historia:
Don Cárlos, que á todas tres
por turno nos enamora,
á Felix, al Abogado
y al Banpuero nos endosa.
TEODORA. Quiere decir que se burla
el pérfido de nosotras.
MATILDE. Quiere decir que es un hombre
que está pidiendo una horca.
DUQUESA. ¡Nada, abrasarlo á desaires!
MATILDE. ¡Que no halle misericordia!
(*A la Duquesa.*) Cásate con el Banquero.
DUQUESA. Muéstrate á Felix piadosa. (*A Matilde.*)
MATILDE. Escucha á tu pretendiente. (*A Teodora.*)
(*Aparte.*) Me safaré de estas bobas.
TEODORA. (*Aparte.*) Si ella se casa, yo triunfo.
DUQUESA. (*Aparte.*) Sin Matilde, ó yo ó Teodora.
MATILDE. Vedle: allí viene.
DUQUESA. (*Aparte.*) Es buen mozo.
TEODORA. (*Aparte.*) Qué apostura tan graciosa.
MATILDE. (*Aparte.*) ¡Que un tan grande calavera
en tal cuidado me ponga!

ESCENA XIV.

Dichas y DON CARLOS.

CARLOS. (*Aparte.*) ¡Las tres juntas! Esto es hecho:
¡O la muerte ó la victoria!
(*Las tres Damas se separan.—La Duquesa frente á un espejo aparenta componerse el tocado.—Matilde, sentándose, apoya la cabeza en el brazo, como rendida al cansancio.—Teodora, como si esperase á su tia, mira su vestido y le compone los pliegues ó arregla las guarniciones.*)
CARLOS. ¡Postura sentimental! (*Mirando á Matilde.*)
Bien: escena lacrimosa.
¿Espejo y rizos? ¡Orgullo, (*Mirando á la Duquesa.*)
frases huecas, gran prosodia!
¿Plieguecitos al vestido? (*Mirando á Teodora.*)

¡Pobre inocente paloma!
Enojo franco y cordial...
Ea, manos á la obra.
(*A ellas.*) ¿Las tres perlas de la fiesta
á un tiempo nos abandonan?

(*Las tres vuelven á un tiempo la cabeza, miran á Don Carlos con aparente indiferencia, y recobran sus primitivas posiciones.*)

CARLOS. (*Aparte.*) ¡Ay qué furia! Estan de acuerdo.
(*A ellas.*) Si aquí mi presencia estorba,
me retiro.

DUQUESA. (*Sin mirarle.*) Por mi parte
ni me agrada ni incomoda.

MATILDE. ¡Ah! que era usted!—No habia visto.

TEODORA. Esta falda me está corta.

(*Don Cárlos acercándose á la Duquesa y hablando en voz baja.*)

CARLOS. ¡Lindo tocado! ¡Qué bien
le sienta á usted esa rosa!

DUQUESA. ¡Qué impudencia!

CARLOS. ¿En qué he pecado?

DUQUESA. Lo sabrá usted, mas no ahora.

CARLOS. Cuando usted guste.

DUQUESA. A las tres
aquí.

CARLOS. Sin falta.

DUQUESA. Mi cólera.
con discrecion y obediencia,
podrá calmar, aunque es honda. (*Vase.*)

CARLOS. (*Aparte.*) Anda con Dios.—¡Y cuán pronto
se ablandan estas jamonas!

(*Teodora, haciendo que sigue á su tia, pasa por el lado de Don Cárlos, quien la detiene con galantería.*)

CARLOS. ¿No me dirá usted, al menos,
lo que conmigo la enoja?

TEODORA. Repase usted la conciencia.

CARLOS. Limpia la tengo, señora.

TEODORA. A Dios entonces.

CARLOS. ¿No es justo
que mi defensa se oiga?

TEODORA. Sigo á mi tia.
CARLOS. ¿Mas luego?
TEODORA. Nó... Veremos...!
CARLOS. ¿A qué hora?
TEODORA. A las tres aquí. (*Váse.*)
CARLOS. (*Aparte.*) ¡Qué diablo!
¡A las tres tambien la otra!

(*Acércase á Matilde que, observándole con disimulo, ha permanecido al parecer indiferente.*)

CARLOS. ¡Bella Matilde!
MATILDE. ¡Don Cárlos!
En fin mi turno me toca.
CARLOS. ¡Qué injusticia! Cuando yo
por hablar á usted á solas...
MATILDE. A Clara y á su sobrina
ha colmado de lisonjas.
CARLOS. Solo para mí sarcasmos
pronuncia esa linda boca.
MATILDE. La de usted tiene requiebros,
segun dicen, para todas.
CARLOS. Matilde, deba yo á usted
justicia ó misericordia.
¿Qué hay aquí? ¿De qué me acusan?
¿Cuáles delitos me agobian?
MATILDE. Yo no acuso á usted de nada.
CARLOS. Mas castiga rigurosa.
MATILDE. Le doy gracias, al contrario,
de que apresura mi boda.
CARLOS. Yo aspiré á ser, lo confieso,
y en época no remota,
esclavo de esa beldad,
de esa gracia seductora.
¿Qué conseguí?—En esto apelo
de usted misma á la memoria.
Un amigo vino luego,
para aumentar mi congoja,
á decirme: «mi ventura
tú eres solo quien estorba.»
¿Qué pude hacer?—«Me desaira,
»respondí, Matilde hermosa;

»y no alcanzo á disputar,
»aunque me pese, tal joya.»

MATILDE. Quien fácilmente las cede
en poco estima las cosas.

CARLOS. ¿Cómo puede defenderse
propiedad que no se goza?

MATILDE. No es amante apasionado
quien tan discreto razona.

CARLOS. Si un asomo de esperanza
yo tuviera, si una sombra,
pocos fueran en verdad
los paladines de Troya
para lograr que cediese
ni una espina de tal rosa.

MATILDE. Con mujeres como yo
quien no merece no logra,
Don Cárlos; y favorecen
por lo mismo que se enojan.

CARLOS. Matilde, ¿Y cuando desairan?

MATILDE. Aun entonces no baldonan.

CARLOS. No, mas aterran el alma
y el corazon emponzoñan.

MATILDE. La gangrena de desaires
con rendimientos se corta.

CARLOS. Si el rendimiento sus fuerzas,
como suele, no redobla.

MATILDE. Ese es orgullo, Don Carlos,
ó mas bien soberbia loca;
y amor sincero no admite
ni altiveces ni retóricas.

CARLOS. Pues bien Matilde, á esos pies,
mi vanidad se despoja
de sus fueros; yo confieso
que de inconstante la nota
merecí bien; que insensato
amores dije á Teodora,
y tambien á la Duquesa;
sí, Matilde, y á mil otras.
Pero creedme, que os habla
el corazon en la boca;

la flecha que amor aguda
clava en mi pecho y ahonda,
de los ojos ha salido
de la bella encantadora
que con sus iras crueles
á su humilde esclavo agobia;
y en premio de esta franqueza,
que es acaso vergonzosa...

MATILDE. Decir lo que todos ven
no es franqueza muy costosa.

CARLOS. ¡Está visto: sobre mí
hoy el cielo se desploma!

MATILDE. Le sienta á usted grandemente
ese aspecto de congoja.
No hay mas de que yo no soy
ni crédula, ni muy boba.

CARLOS. No es generoso abusar,
Matilde, de la victoria.

MATILDE. ¡Vencer á usted! ¡Disparate!

CARLOS. ¡Es usted como una roca!

MATILDE. Acusar á usted de serlo
fuera injusticia notoria.

CARLOS. En fin, ¿será usted de Felix?

MATILDE. ¿Y á usted, Cárlos, que le importa?

CARLOS. La vida.

MATILDE. Será algo menos.

CARLOS. No lo echemos á chacota.

MATILDE. ¿No cedió usted?

CARLOS. Por despecho:
pero si usted es su esposa...

MATILDE. ¿Qué hará usted? —

CARLOS. Me casaré.

MATILDE. ¿Y con quién?

CARLOS. Con una tonta,
si es preciso.

MATILDE. No hará tal.

CARLOS. Sí: lo juro por mi honra.

MATILDE. *(Aparte.)* ¡Es capaz!

CARLOS. Decida usted.

MATILDE. Si á mí me amára usted sola...

CARLOS. ¿Entonces?
MATILDE. Entonces... Puede...
Pero dentro de dos horas
hablaremos. *(Vase.)*
Carl (*Sacando el reloj.*) ¡Y es la una!
A las tres me asedian todas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion de los dos anteriores. Por los salones, casi desiertos, atraviesa de cuando en cuando alguno que otro convidado.--Varios criados de librea entran y salen con platos por la última puerta al foro, que se supone ser la de la sala del ambigú.

ESCENA I.

El BANQUERO *y el* ABOGADO.

Al levantarse el telon salen del ambigú y se encaminan apresuradamente al proscenio, el Banquero con un plato, pan y cubiertos en la mano, el Abogado con dos copas y una botella de Champagne.

ABOGADO. Pues señor, gran pensamiento.
BANQUERO. Aquello, amigo, es un potro!
(*Deja el plato sobre un velador, el Abogado coloca en él las copas y la botella, toman sillas, se sientan, y durante el diálogo comen y beben.*)
Sobre las mesas se arrojan
esas gentes como lobos.
ABOGADO. Bailar lo hicieron algunos,
pero cenar lo hacen todos.
BANQUERO. ¿Qué han de hacer en estos bailes
los que ya, como nosotros,
se encuentran de su vivir
mas allá del equinoccio?
ABOGADO. Perdone usted, yo, á Dios gracias,
bailo y amo, que soy mozo.
BANQUERO. La política envejece;
y usted que es en ella docto,

no querrá, si no me engaño,
babear como un mocoso.

ABOGADO. Cierto, aunque jóven en años,
mi posicion, los negocios,
la importancia que adquirí,
mis amigos poderosos,
son causas porque me abstengo
de hacer, vamos, asi, el oso.
Pero, no obstante, sensible,
una beldad hay que adoro,
y espero ser de su mano
dueño feliz y muy pronto.

BANQUERO. ¿Y qué, piensan en casarse
los mozalbetes tan solo?
No señor; y aqui me tiene
usted á mí, á quien supongo
que nadie niega en el mundo
ser hombre de tomo y lomo,
y que tambien á casarme
brevemente me dispongo.

ABOGADO. ¿Y quién es la venturosa?

BANQUERO. Antes de dar siempre tomo.
Sepamos con quién usted
va á contraer su consorcio,
y luego...

ABOGADO. Sí; en confiarme
á usted ningun riesgo corro:
mi novia es jóven y linda.

BANQUERO. ¡Hum!

ABOGADO. ¿Por qué?

BANQUERO. Tendrá golosos.

ABOGADO. Mujer que á mí me posea
no temo que guste de otros.

BANQUERO. ¡Bravo, bien! Ya de marido
tiene el orgullo apostólico.

ABOGADO. Es noble.

BANQUERO. Papel sin curso.

ABOGADO. Discreta.

BANQUERO. Riesgo notorio.

ABOGADO. Virtuosa.

BANQUERO. Podrá ser.
ABOGADO. Rica tambien...
BANQUERO. ¿Plata y oro?
Si eso es verdad, lo demas
que lo sea importa poco.
Su nombre, en fin.
ABOGADO. Es Teodora
el nombre de la que adoro.
BANQUERO. ¡Tate! Que tengo sobrino:
á ser tio me acomodo.
ABOGADO. ¿Con que usted...?
BANQUERO. Sí; con la tia.
ABOGADO. ¿Será verdad?
BANQUERO. Soy su novio.
ABOGADO. Beldad madura.
BANQUERO. Mejor.
ABOGADO. Sus cuarenta...
BANQUERO. No lo ignoro.
ABOGADO. Y pretensiones.
BANQUERO. ¿Qué importa?
ABOGADO. Amiga de buenos mozos.
BANQUERO. Tiene buen gusto.
ABOGADO. Traviesa...
BANQUERO. Nunca quise nada tonto.
ABOGADO. Malas lenguas dicen...
BANQUERO. ¿Qué?
ABOGADO. Que su nombre es ya famoso
por ciertas galanterias...
BANQUERO. Todo eso lo sé de coro,
y me caso, sin embargo,
tranquilo y con mucho gozo.
Mi padre fué panadero,
yo millones atesoro;
quiero un título y lo adquiero
por medio del matrimonio;
tendré en mi casa quien haga
los honores con buen tono.
Derrochará, ya lo sé.
¿Y qué hace mi mayordomo?
Si allá en sus verdes abriles

algun desliz amoroso
tuvo tal vez, ó le achacan,
porque hay lenguas para todo,
¿por eso he de renunciar,
nada mas, á mi negocio?
A su edad, si se distrae,
lo hará al menos de tal modo
que no me ponga en ridículo,
que se salve mi decoro;
y créame usted, letrado,
que es un marido dichoso
cuando sabe que con él
no se ha de jugar al toro.

ABOGADO. ¡Tremenda filosofía!

BANQUERO. Yo con ella me conformo;
y acepte usted mi alianza
que será lo mas juicioso.

ABOGADO. La acepto y juro.

BANQUERO. Tenemos
por contrario á un hombre mónstruo,
voraz en punto á mujeres,
que en verdad me tiene absorto.

ABOGADO. ¿El general?

BANQUERO. Pues.

ABOGADO. Entonces
deponga usted el asombro.
Está vencido...

BANQUERO. Lo dudo.

ABOGADO. Yo lo afirmo y corroboro.
El mismo me ha confesado...

BANQUERO. ¿Se fia usté en eso solo?

ABOGADO. Ademas no ha diez minutos
que le he visto con mis ojos,
estarse en el ambigú
solitario como un hongo,
sin que mirarle siquiera,
cual se mira cualquier otro,
se dignase mi Teodora.

BANQUERO. (*Aparte.*) Está lucido este bobo,
yo la he visto en un aparte

que á mí me hiciera celoso.

ABOGADO. ¿Qué dice usted?

BANQUERO. Lo confieso:
no estoy tranquilo del todo,
aunque en verdad la Duquesa.
no le mira.

ABOGADO. (*Aparte.*) ¡Pobre tonto!
Delante de mí le ha dado
de sus flores un manojo.

BANQUERO. En todo caso usted haga
á la niña mil elogios
de mi persona; y retrate
á ese hombre como á un demonio.

ABOGADO. En cambio usted á la tia
que preparará supongo
de manera que la encuentre
siempre propicia á mis votos.

(*Entran criados y retiran los restos de la cena.*)

ESCENA II.

MATILDE *saliendo del ambigú como recatándose.—A poco* DON FELIX *buscándola.—El* ABOGADO *y el* BANQUERO *aparentan proseguir su conversacion.*

MATILDE. Gracias á Dios.—Libre estoy.
¡Ay de mí! ¡Qué hombre tan plomo!
Si por marido le tomo,
me sofoca por quien soy.
(*Mira un reloj del salon.*)
Las dos y media.—Es temprano.
¡Cómo rabia el General!
¡Que pene! No es grande el mal
si le ha de valer mi mano.

(*Viendo á Felix que sale del ambigú huye hácia el proscenio.*)

El otro aqui.—¡Dios me asista!
¡Qué amor tan intolerable!

(*Al verla entrar se levantan el Banquero y el Abogado.—Don Felix se vá acercando tímidamente.*)

FELIX. (*Aparte.*) ¡Qué buena ha estado! ¡Qué amable!
MATILDE. ¡Qué calor! No hay quien resista!
BANQUERO. Con el señor vine huyendo
de la bulla.
MATILDE. (*Sentándose.*) ¡Ay qué jaqueca!
BANQUERO. (*Aparte al Abogado.*)
No puedo con tanta mueca.
MATILDE. ¡Oh! Lo que estoy padeciendo!
ABOGADO. (*Sacando un pomo.*)
¡Vinagrillo!
MATILDE. Gracias: nó.
BANQUERO. Silencio es lo conveniente.
MATILDE. Eso: el bochorno, la gente...
ABOGADO. Entonces me voy.
BANQUERO. Y yo.

(*Saludan y se retiran.—Matilde corresponde al saludo con aire doliente, y mira al soslayo al salon: viendo á Felix vuelve á dejarse caer como postrada.*)

MATILDE. Allí está ¿Cómo alejarle?
(*Felix entrando.*)
FELIX. ¿Qué tiene usted, vida mia?
MATILDE. ¡Jaqueca!
FELIX. ¡Dolencia impía!
¿Y ese mal cómo curarle?
MATILDE. Calle usted, que me asesina.
FELIX. ¿Pero con qué?
MATILDE. Con su acento.
FELIX. ¡Ah Matilde!
MATILDE. ¡Oh qué tormento!
Vea usted si está mi berlina.
FELIX. ¿Se vá usted á retirar?
MATILDE. Donde en paz pueda morir.
FELIX. ¿En qué pude delinquir?
MATILDE. Usted me hará delirar.
Ahora, en fin, estoy enferma,
fuera el sueño mi remedio,
mas con el señor no hay medio
de que un instante me duerma.
FELIX. Yo callaré, pero al menos
permita usted que aqui vele;

que con verla me consuele.

MATILDE. Jeremías en sus trenos,
como usted nunca lloró.
¿La gente qué pensará,
si le ven junto al sofá
mientras en él duermo yo?

FELIX. Me retiro.

MATILDE. Gracias.

FELIX. Pero...

MATILDE. ¿Qué?

FELIX. ¡Indulgencia..!

MATILDE. Sí; plenaria.

FELIX. ¿Puedo esperar?

MATILDE. Sí; matarme.

FELIX. Ya me voy.
(*Váse con ademanes de desesperacion.*)

ESCENA III.

MATILDE. Eso es salvarme.
¡No fuera á la Gran Canaria!
Y qué injusta soy con él:
Me quiere, sí, tiernamente,
me reverencia indulgente,
me adora cuando cruel.
Diez años há que en su pecho
reino sola; y de otro fuí.
Entonces huyó de mí,
no alegó ningun derecho.
De nuevo nos junta el hado
y de nuevo se me rinde;
de mi inconstancia prescinde,
de los males que ha pasado:
¿Por qué no le he de querer?
¿Por qué le tengo de huir?
¡Oh injusticia! *A mas servir,*
no hay medio, *menos valer.*
Su antípoda es el tronera
del General. ¡Tan ligero,
tan fácil, tan embustero!

¿Y es posible que le quiera?
¡Si es tan franco, tan valiente,
tiene tan dulce elocuencia!
Luego presumo, en conciencia,
que se engaña cuando miente.
¡Oh! si le enlaza himeneo
á mujer discreta y bella,
no ha de tener, fuera de ella,
ni la sombra de un deseo...!
¡Piedad de mí, cielo santo!
Estoy como una chiquilla.
¿Por qué mi altivez se humilla
á ese hombre? ¿Por qué encanto?
¿Me engaña y le he de querer?
¿Se escapa y le he de seguir?
¿Será que el *menos servir*
tenga siempre *mas valer*?
(*Quédase pensativa.*)

ESCENA IV.

MATILDE, TEODORA *saliendo como furtivamente del ambigú.*

TEODORA. En fin salí.—¡Qué mudanza!
¿Será de veras la enmienda?
¿Qué habrá ya que me defienda,
si concibo esa esperanza?
(*Viendo á Matilde.*)
¡Aquí Matilde!
MATILDE. ¡Teodora!
TEODORA. ¿Pues cómo tan retirada?
MATILDE. ¿Y tú?
TEODORA. No sé: fastidiada.
MATILDE. Yo mi jaqueca traidora.
(*Aparte.*) ¡Hay niña mas importuna!
TEODORA. (*Aparte.*) ¿Si no se vá cómo haré?
¡Te alivias algo?
MATILDE. No á fé.
TEODORA. ¿Ni hay medicina?
MATILDE. Ninguna.

TEODORA. El aire te convendria;
dá una vuelta en el jardin.
MATILDE. (*Aparte.*) ¡Si aguarda á mi Paladin!
TEODORA. (*Aparte.*) ¿Le espera?—Bueno seria.
MATILDE. (*Aparte.*) No me ha de quedar la duda.
(*A Teodora.*) ¿Me quieres acompañar?
TEODORA. (*Sorprendida.*)
¡Yo!—Quisiera descansar...
(*Aparte.*) ¡Y que el otro en tanto acuda!
MATILDE. Pues sola no me decido.
TEODORA. (*Aparte.*) ¡Ay Dios, se queda!
MATILDE. (*Aparte con un ademan visible de despecho.*)
¡Era cita!
TEODORA. ¿Qué te pasa? ¿Qué te irrita?
MATILDE. Nada, Teodora; un latido.
TEODORA. (*Aparte.*) ¡Y son cerca de las tres!
MATILDE. (*Aparte.*) Esta vez no le perdono.
TEODORA. ¡Si me engañase, mi encono...!!!
(*Da el reloj las tres.—En el mismo instante sale la Duquesa apresuradamente del ambigú.*)
MATILDE. ¿Las tres dan?
TEODORA. Esa hora es.
(*Las dos guardan silencio mostrándose contrariadas.*)

ESCENA V.

Dichas y la DUQUESA.

DUQUESA. ¡Qué juicioso! ¡Es un prodigio!
¡Ni á una mujer se acercó!
Pues señor, me llevo yó
la palma en nuestro litigio.
¿Mas tú aquí, sobrina mia?
TEODORA. (*Turbada.*) ¡Yo... Señora!
DUQUESA. ¡Y la Condesa!
MATILDE. Jaqueca, cara Duquesa.
DUQUESA. Yo cenando te creia.
(*Aparte.*) El contratiempo es terrible:
va á venir, y si le ven...
(*Alto.*) Maldita jaqueca!

TEODORA. (*Involuntariamente.*) ¡Amen!
MATILDE. (*Irónicamente.*)
Mil gracias; soy muy sensible...

ESCENA VI.

Dichas y DON CARLOS *que sale del ambigú lentamente.*

MATILDE. (*Aparte.*) Aquí está.
DUQUESA. (*Aparte.*) ¡Buena la hicimos!
TEODORA. (*Aparte.*) ¿Qué va á decir?
CARLOS. (*Aparte*) Bien: las tres.
(*Alto.*) ¡Oh Señoras! ¿Cómo es
que esta ausencia merecimos?
(*Aparte á la Duquesa.*) ¿Asi se cumplen ofertas?
(*Aparte á Teodora.*) ¡Bien se burla usted de mí!
(*Aparte á Matilde.*) ¿A qué me llama usté aquí?
Mis sospechas eran ciertas.
DUQUESA. ¡No descanso ni un instante!
Esta niña me abandona;
cuida no mas su persona...
TEODORA. ¡Si hace un calor sofocante!
MATILDE. Clara, dejemos rodeos;
ni me duele la cabeza,
ni hay en Teodora pereza,
ni se ignoran tus deseos.
CARLOS. (*Aparte.*) ¡Santa Bárbara, que truena!
DUQUESA. ¿Qué estás diciendo, mujer?
TEODORA. ¿Deliras?
MATILDE. Bien podrá ser,
mas me siento muy serena.
El Señor es muy galan...
DUQUESA. Vete niña.
MATILDE. Nó: permite...
CARLOS. Dejad que yéndome evite
disgustos...
MATILDE. Se evitarán,
Don Cárlos, con entendernos
de una vez y con lisura.
CARLOS. Me quedo. (*Aparte á ella.*) ¡Vaya! ¡Cordura!

MATILDE. A tres á un tiempo querernos,
es un juego para usted:
tan grande es su corazon
que sin pena...
CARLOS. ¡Compasion!
MATILDE. A catorce hará merced.
DUQUESA. A mí me importa muy poco.
TEODORA. Menos á mí.
MATILDE. Por mi parte
puedes, Clara, figurarte
que no me prendo de un loco...
CARLOS. Mil gracias: mas siendo asi,
¿por qué intentarme proceso?
MATILDE. Siento la burla.
DUQUESA. Sí; eso
me ofende.
TEODORA. Y tambien á mí.
CARLOS. ¡Bien! Cuando soy el burlado...
DUQUESA. ¡Don Cárlos!
TEODORA. (*Aparte.*) ¿Qué está diciendo?
MATILDE. ¡Qué hombre!
CARLOS. Callar sufriendo;
inocente y caumniado!! (*Hace que se vá.*)
MATILDE. (*Deteniéndole.*)
No, Don Cárlos, hoy acaba,
lo he jurado, tanto engaño.
CARLOS. ¡Matilde! ¡Lenguaje estraño!
(*Aparte.*) Yo que zafarme pensaba...
MATILDE. ¿Quereis hablar francamente?
DUQUESA. ¿Por qué nó?
TEODORA. (*Aparte á Matilde.*)
¡Pero! (*Señalando á la Duquesa.*)
MATILDE. Es preciso.
(*A la Duquesa.*) ¿No te ha jurado sumiso
que te amaba?
DUQUESA. Ciertamente.
MATILDE. ¿Y á tí, Teodora?
TEODORA. Tambien.
MATILDE. Pues conmigo hizo otro tanto,
y si le ois es un santo.

DUQUESA. De quien Dios me libre, amen.
CARLOS. ¿Se consiente mi defensa?
MATILDE. ¿Aun osa?
DUQUESA. ¡Qué audaz!
TEODORA. ¡Qué aplomo!
CARLOS. De piedad no advierto asomo,
mas tengo justicia inmensa.
Una gracia sola espero;
que hasta que acabe de hablar,
atento quiera escuchar
tribunal tan hechicero.

(*Las lleva, una á una, de la mano á sentarse en el sofá.— Recógese un momento, y luego saludando con gravedad cómica empieza su discurso.*)

Entra acaso en un jardin
hombre que gusta de flores,
y admira tipo y colores
en dalia, rosa y jazmin.
Al aspecto de un festin,
escogido y suculento,
siempre vacila el hambriento,
dudando entre plato y plato.
¿No ha de vacilar si trato
de escoger, mi pensamiento?
Clara es la dalia pomposa,
el suculento manjar;
con Teodora comparar
apenas puedo la rosa,
ni dulce fruta y sabrosa;
de Matilde la hermosura,
la gracia, la donosura,
mal al jazmin se compara;
y con llamarla pecara
agri-dulce confitura.
Si en escoger vacilé,
si ante todas me rendí,
yo soy quien lo padecí,
yo soy quien lo suspiré!
Avaro he sido que vé
tesoros que no soñó,

rey ambicioso que vió
tres cetros que conquistar.
¿Y se me puede acusar
cuando asi padezco?—Nó.
¡Ah! vuestro ceño, señoras...
me acusa aquí de insolencia...
Preludian vuestra sentencia
miradas aterradoras.

MATILDE. Dice usted cosas que moras
no oyeran á sangre fria.

DUQUESA. Permite, Matilde mia,
que en sus dislates concluya.

TEODORA. Mucha paciencia es la tuya;
por mi gusto yo me iria.

CARLOS. Un poco de tolerancia
merezcan mis opiniones:
ya no alego mas razones
en favor de la inconstancia:
en eso cede mi instancia.
De hoy mas mi fé no viola
la ley santa: amo á una sola,
virtuosa, discreta y bella,
una deidad, pues que es ella
la mas perfecta española.

MATILDE. ¿Y ese prodigio?

CARLOS. Aquí está.

DUQUESA. ¿Y su nombre?

CARLOS. Es mi secreto.

TEODORA. Hora es traicion ser discreto.

CARLOS. Muy pronto no lo será.

MATILDE. ¿Cómo negarnos podrá
que á las tres nos ha citado?

CARLOS. Pues, señora, por negado.

MATILDE. La prueba.

CARLOS. Se probará.
¿Soy tonto?

DUQUESA. Nó, ciertamente.

TEODORA. Loco tal vez.

MATILDE. O muy pillo.

CARLOS. Es favor á que me humillo,

y declino reverente.
Prosigo: ¿No es evidente
que en la triple cita habria
de mi parte tontería?
Pues si tonto no he nacido,
claro está que no he podido
hacer tan gran bobería,
¿Las tres á una misma hora?
¡Las tres al mismo parage!
O antes he sido un salvage
ó soy inocente ahora.

DUQUESA. ¡Matilde!

TEODORA. ¡Tia!

MATILDE. ¡Teodora!

DUQUESA. ¿Cómo entonces?

MATILDE. No lo entiendo.

CARLOS. Yo, señoras, lo comprendo
perfectamente.

TEODORA. Hable usted.

DUQUESA. Oigamos pues.

CARLOS. ¿La merced
me hacen ya de irme creyendo?
De una sola soy amante,
rendíme tras larga lucha,
ella vé ya, pues me escucha,
que me precio de constante.
Para verla, no ha un instante,
por ella vine llamado;
con otras dos me he encontrado...

DUQUESA. ¿La causa?

CARLOS. Yo no la sé:
pero un argumento haré
que me parece acabado.
O fué á azar la reunion,
y es lo cierto, ó me equivoco;
ó ha podido, un fátuo, un loco,
rendir tanto corazon.

MATILDE. ¡Qué vano!

TEODORA. ¡Qué presuncion!

DUQUESA. ¡Hay tal hombre!

CARLOS. De inmodesto
no se me acuse: protesto
que á un azar yo lo atribuyo,
pero insisto en lo que arguyo
aunque peque de molesto:
¿Me adoran las tres?

MATILDE. ¡Qué audacia!

CARLOS. Con que nó?

DUQUESA. Nó.

TEODORA. Nó.

MATILDE. Nó.

CARLOS. Bien...
Y al que indiferentes ven
le dan citas? (*Con la cabeza responden las tres indignadas que nó.*)
¡Vaya en gracia!
Luego á mí que en su desgracia
incurrí, no me la dieron;
luego si á un punto acudieron
á este sitio, no seria
por cierto la culpa mia;
luego ustedes me absolvieron.
La que me citó lo sabe,
y yo nombrarla no debo;
solo á rogarla me atrevo
que en compromiso tan grave
no quiera otra vez...

MATILDE. ¡Que acabe;
y él será quien nos condene!

DUQUESA. Y al parecer razon tiene.

TEODORA. Alega tales razones...

MATILDE. (*Aparte*) En un mar de confusiones
este hombre me mantiene.
(*Hablan las tres aparte un momento.*
(*A él.*) Don Cárlos, pues que el destino
al fin á usted encadena...

CARLOS. Entré ya en la senda buena.

MATILDE. Tal vez quede algun espino
y ha de arrancarse.

CARLOS. Con tino.

MATILDE. ¿La que usted ama está aquí?
CARLOS. Lo dije.
MATILDE. ¿Y es sola?
CARLOS. Sí.
MATILDE. Pues las tres le declaramos
que esta noche nos casamos.
CARLOS. ¿Tan pronto?
MATILDE. Está escrito así.
Nos asedian pretendientes,
nos sobra donde escoger,
tal estado en la mujer
está sujeto á accidentes,
que precavemos prudentes.
Usted dice, se ha rendido,
que aquí por una ha venido;
pues si perderla no quiere
le aconsejo que no espere
á mañana ser marido.
(Vánse las tres.)

ESCENA VII.

DON CARLOS (*tararèndo.*)

«*Addio per sempre addio*
mia cara libertá.»
En mis redes me cogieron:
es el diablo la viuda;
cuando pensé yo engañarla,
ella es quien se me burla.
Ya no hay medio, ellas se casan
ó por amor ó por furia,
y las tres pierdo esta noche
si no doy la mano á una.
Elijamos: ¿Clara? nó,
beldad es harto madura.
¿Teodora? Niña; en resúmen
es Matilde la que triunfa.
En ella, pues, sí, vencida,
mi libertad se refugia:

en tanto aun hay esperanza,
pues que prosigue la lucha.
Ya sale del ambigú
á bailar la alegre turba.
Bien pueden, que habrá dos horas
que lindamente embaulan.

(*Los salones vuelven á llenarse de gente.—Toca la orquesta.—Se baila.—Don Cárlos circula entre los demas hablando á unos y á otros.*)

ESCENA VIII.

El Banquero, *el* Abogado.

Abogado. Amigo, estamos en crisis.
Banquero. ¿Piensa usted que el papel suba?
Abogado. Hombre no hablo del papel.
Banquero. Es que tengo grandes sumas
comprometidas; y temo...
Abogado. ¡Oh! ¡qué mollera tan dura!
No se trata de los treses.
Banquero. ¿Del cinco? Sé que le empujan.
Abogado. Tampoco.
Banquero. ¿Pues de qué diablos?
Abogado. Lo sabrá usted, si me escucha.
De nuestras bodas.
Banquero. ¿Y bien?
Abogado. Parece que se apresuran,
segun de decirme acaba...
Banquero. ¿Quién?
Abogado. La condesa viuda.
Banquero. ¿Y por qué?
Abogado. No me ha esplicado.
Enigmática y oscura
me habló, pero en fin, hay boda,
que en eso no tengo duda.
Banquero. ¿Pues nó? Cuando tiene novio,
¿lo retarda, acaso, alguna?
Abogado. Es que va á ser esta noche.
Banquero. ¡Cáspita! ¡Con qué premura!

ABOGADO. En bailando el cotillon
que seguirá á esta mazurca.
Aquí nos manda esperar.
BANQUERO. ¿A quién?
ABOGADO. ¡Vaya! ¡Qué pregunta!
A usted, al Marino, á mí,
al General...
BANQUERO. Falta una
ó sobra uno, letrado,
digo á usted que me gusta.
Déficit de novias hay:
Saldo en contra. ¿Será burla?
ABOGADO. Para alguno ciertamente.
BANQUERO. El que menos lo presuma.
ABOGADO. Yo pienso que el General
que de ser buen mozo abusa...
BANQUERO. Nó Señor: será el Marino,
que con su amor las abruma.
ABOGADO. Por mí no temo, y á usted
Dios le dé buena fortuna.
BANQUERO. ¡Bah! la mia es tan redonda.
que de riesgos me asegura.

(*Viendo entrar á Felix se retiran á un lado y prosiguen su conversacion.*)

ESCENA IX.

El BANQUERO, *el* ABOGADO, DON FELIX.

FELIX. (*Sin ver al Banquero y al Abogado.*)
¡Y bien! Me alegro. De un modo
ó de otro que esto concluya.
Si me elige logro en ella
mas que esperó mi ventura;
si no! ¡Cielos...! Por vengar
tanto baldon, tanta injuria...
¿No será mejor marcharme?
¿Qué logré en mi primer fuga?
¡A mi vuelta la he encontrado
mas que antes esquiva y dura!

ESCENA X.

Dichos, el General.

Carlos. Caballeros, bien hallados:
¿Qué es eso? ¿Celebran junta?
Pues por órden superior
sufrirán que la interrumpa.
Abogado. ¡Cómo! ¿Qué es ello?
Banquero. ¿Por qué?
Felix. ¿Que siempre has de estar de burlas?
Carlos. No hay que alarmarse: se trata
de hacer bailar cuatro brujas,
á quien dejan los galanes
que eternamente se aburran.
La Duquesa nos elige
para faena tan dura.
Banquero. Yo no bailo.
Abogado. Yo tampoco.
Felix. Yo no sé.
Carlos. Pues si rehusan,
calabazas.
Banquero. ¡Cómo!
Abogado. ¡Qué!
Felix. No hagais caso á sus locuras.
Carlos. A mí me importa un ardite:
con mi fea haré figura:
y despues, solo, victoria
muy fácil tendré en la lucha.
Banquero. ¡Oiga usted! ¿Habla de veras?
Carlos. ¿Es denuesto ó es pregunta?
La Duquesa nos prescribe,
so pena de comer fruta
insípida, que bailemos
con las feas.—Ley es dura,
pero lidiar con los mónstruos
ya saben que se acostumbra
en lances caballerescos.
Ahora ¿gustan ó no gustan?

ABOGADO. Vamos allá.
BANQUERO. ¿Y qué se baila?
CARLOS. ¡El cotillon!
BANQUERO. ¡Santa Ursula!!!
CARLOS. Es gimnástico y muy sano:
ya verá usted como suda.
FELIX. Vamos allá.
CARLOS. Ven, Marino,
y no pierdas hoy la brújula.

(*Vánse los tres, rompe el cotillon.—La Duquesa, Matilde y Teodora á poco por el proscenio.—Vése á los cuatro entrar en el baile con sus parejas, que serán como lo indica el diálogo.*)

DUQUESA. Libres estamos.
MATILDE. Sí: gracias,
Clara discreta, á tu astucia.
DUQUESA. Aprovechemos el tiempo:
francamente se discurra,
la reserva fuera aquí
perjudicial sobre absurda.
MATILDE. ¡Oh! Es verdad, y nuestro orgullo
y decoro se aventuran;
porque estamos en berlina.
TEODORA. Es cierto.
DUQUESA. No tiene duda.
MATILDE. Ahora bien, ¿le amas tú?
TEODORA. Amarle nó, aunque me gusta.
DUQUESA. Amor, Matilde, en mi edad
volcan no puede ser nunca.
MATILDE. Yo os confieso qué me agrada,
que algunas veces me turba,
y aunque es loco rematado,
sin pesar me vieran suya:
mas sin riesgo de morir
puedo de él hacer renuncia:
esto supuesto, pasemos
á la condicion segunda.
(*A Teodora.*) ¿Qué dices del abogado?
TEODORA. No tiene mala figura,
No es pobre; aunque algo pedante,

tampoco es un tonto, en suma;
y si mi tia lo manda...

MATILDE. (*A la Duquesa.*)
Y el Banquero ¿te disgusta?

DUQUESA. No es un niño; sus maneras
son en verdad algo bruscas,
pero dicen maravillas
de su genio y su fortuna.

MATILDE. Mi Marino es un amante
de lágrimas y de azúcar;
pero noble, generoso,
le sobra solo ternura:
en conclusion, todas tres
á cubierto de la burla
del público, en todo evento,
nos lanzamos á la lucha...
Acaso fuera mas cuerdo
no acometer la aventura.

DUQUESA. Yo por mí la renunciára:
Solo por ver como escusa
Don Cárlos el compromiso
he de insistir.

TEODORA. ¡Guerra dura!

(*Termínase el cotillon, los convidados empiezan á retirarse lentamente.*)

MATILDE. ¡Y dicen que el amor propio
á las mujeres escuda!
El es quien al precipicio
las mas veces nos impulsa.

TEODORA. Se terminó el cotillon.

DUQUESA. Cumplimientos no se escusan: (*A Teodora.*)
despidamos á las gentes.
(*A Matilde.*) Si ellos viniesen, procura
que aguarden sin entender...

MATILDE. Nada temas que descubran.
(*Vánse la Duquesa y Teodora.*)

ESCENA XI.

MATILDE. *Despues* DON FELIX.

MATILDE. Bogo entre Escila y Caribdis,
¿Naufragar será milagro?
¿Me he de casar sin amor,
si la victoria no alcanzo?
¿Y si venzo he de entregarle
á un loco ventura y mano?
De su noble corazon
no recelo ningun daño:
de mí, confieso, que fio
para siempre encadenarlo:
mas, si triunfa la inconstancia
de su natural bizarro,
¿Qué remedio habrá una vez
que nos miremos casados?
(*Entra Felix.*)

FELIX. ¡Oh señora!

MATILDE. ¿Felix ya?

FELIX. Matilde, ¿me he apresurado?
Tratándose de escuchar
sentencia que ha tiempo aguardo,
pendiente de ella mi vida,
no debiera usté estrañarlo.

MATILDE. Lo agradezco.

FELIX. Eso es muy fino;
mas no basta en este caso.

MATILDE. Antes que en el tribunal
pronunciemos nuestro fallo,
como jueces, impasibles
nuestro deber es mostranos.

FELIX. Me resigno, asi lo quiere
por mi mal injusto el hado.

ESCENA XI.

Dichos el Banquero *y el* Abogado.

Banquero. ¡Qué morcon! Traigo dormido
de remolcarla este brazo.
Abogado. A mí me toeó un escuerzo
sentimental, cari-largo.
Banquero. Señora... (*A Matilde.*)
Abogado. ¡Bella Condesa! (*A Matilde.*)
Matilde. Vienen ustedes cansados?
Banquero. ¡Digo! ¿El cotillon es baile
para un hombre de mis años?
¡Dar vueltas con diez arrobas
de peso suplementario;
con una contemporánea
del voto de Santiago!
¡Qué contorsiones, Dios mio!
¡Qué colgarse de mi brazo!
Me ha molido, pero lleva
una inflamacion en cambio.
Abogado. Mi pareja fué un cadáver,
sin duda, galvanizado,
y en la cuestion del compás
tiene un oido reacio.
Matilde. ¿Y usted, Felix?
Felix. Yo, señora,
no recuerdo si he bailado.
Banquero. Sí tal, como un pretendiente:
el reverso de Don Cárlos
que alborotó el cotillon.
Abogado. Cierto: conforme á sus hábitos.
Banquero. ¡Qué pareja! Una peonza:
ojos chicos, gordos lábios,
fachada de mucho bulto,
de enormes plumas tocado...
Abogado. El vestido verde gai,
guarniciones rojo y blanco.
Matilde. La conozco, sé quién es. (*Riéndose.*)
Banquero. Pues señor, la ha requebrado.

MATILDE. ¡Bah!
ABOGADO. La lleva hasta su coche.
BANQUERO. Yo los he visto del brazo.
MATILDE. ¿A esa mujer?
ABOGADO. A ese monstruo.
MATILDE. ¡Uf qué horror!
ABOGADO. ¡Qué desacato!
(*Al Banquero.*) Apriete usted.
BANQUERO. Es un loco.
MATILDE. ¡No ha corrido mal bromazo!

ESCENA XII.

Dichos, la DUQUESA *y* TEODORA.

DUQUESA. Ya se fueron.
TEODORA. ¡A Dios gracias!
DUQUESA. (*A parte á Matilde.*)
¿No ha parecido Don Cárlos?
MATILDE. ¿No le has visto?
DUQUESA. No por cierto.
MATILDE. ¿Si se marchó?
DUQUESA. ¡Fuera chasco!
FELIX. En fin, prima, reünidos.
como mandaste ya estamos,
TEODORA. El General no ha venido.
ABOGADO. Culpa es suya.
BANQUERO. No esperarlo.
Se marchó con su pareja.
ABOGADO. Pues no acude á los estrados
es que renuncia el derecho
que puede caberle.
BANQUERO. Es claro.
(*Las tres mujeres en un grupo aparte.*)
MATILDE. ¡Qué desaire!
TEODORA. ¡Es grosería!
DUQUESA. ¡Esto pasa de castaño
oscuro!
FELIX. Yo ruego á ustedes
no prolonguen el mal rato

que tenemos, la sentencia
de nuestra muerte aguardando

DUQUESA. Mi primo tiene razon.

TEODORA. Sí, no hay medio de negarlo.

MATILDE. Es verdad. (*Aparte.*) no le perdono
aunque viva dos mil años.

ABOGADO. Resuelvan ustedes.

BANQUERO. Sí.

MATILDE (*Aparte.*) ¡Ah respiro! Aquí está Carlos.

ESCENA XIV.

Dichos, DON CARLOS, *apresuradamente*, *pero riéndose á carcajadas.*

CARLOS. (*Aparte.*) ¡Deliciosa! ¡Qué ojos pone
al escuchar un *te amo*...!
¡Demonio de albondiguilla!
Pero me estan esperando;
como soy, se me olvidaba
que esta noche aquí me caso.

(*Saluda; las damas se sientan, los hombres permanecen de pie.*)

MATILDE. Señores, para evitar
que al mundo demos escándalo,
hemos resuelto las tres
hoy por fin tomar estado.

BANQUERO. Está bien. ¿Mas cómo haremos?
Aquí novios cuento cuatro;
tres son las novias...

DUQUESA. Que uno
queda célibe está claro.

BANQUERO. Ya lo veo.

ABOGADO. ¿Y quién será?

FELIX. El menos afortunado.

CARLOS. (*Aparte.*) No sé; quedándose libre
será tal vez lo contrario.

MATILDE. Pues que hay un galan de esceso
y que hemos de desairarlo,
lo primero aquí es saber

cuál es la que hizo el milagro
de enamorar á dos hombres.

ABOGADO. Perdone usted si me aparto
de su opinion, mas encuentro
que hay medio mas acertado.

BANQUERO. No embrolle usted el negocio.

CARLOS. ¿Se propone usted rifarnos?

FELIX. ¡Qué dilaciones!

TEODORA. Que diga.

DUQUESA. Pues diga, que le escuchamos.

ABOGADO. Con que uno deje la arena
no está todo remediado?

DUQUESA. ¿Y quién renuncia?

BANQUERO. Yo nó.
(*Aparte.*) Estoy seguro que gano.
(*Al abogado.*) El señor.

ABOGADO. Menos.
(*Aparte.*) ¿Quién duda
de que triunfo...?—Si Don Cárlos...

CARLOS. Yo renunciar, señor mio,
no sea usted mentecato;
á no ser Felix...

FELIX. Tampoco:
mi palabra no retracto.

MATILDE. Perdimos tiempo, y volvemos
al punto en que lo dejamos.
Aquí no hay mas de esplicarse
cada cual como hombre franco:
sabremos quién nos pretende
y elegiremos al cabo.

DUQUESA. Antes, Matilde, prometan
conformarse á nuestro fallo,
sin restricciones, dichosos
ó por suerte desairados.

ABOGADO. Yo lo juro.

FELIX. Lo prometo.

BANQUERO. Y yo, que nunca me enfado.

CARLOS. Por mi parte me resigno.
á mi suerte de antemano

MATILDE. Ahora bien, á ustedes toca

esplicarse.

ABOGADO. Yo á quien amo.

es á Teodora.

BANQUERO. Yo á Clara.

FELIX. Yo á Matilde.

(*Breve pausa.*)

MATILDE. Hable don Cárlos.

CARLOS. Es dueño de mi albedrio
la que una cita me ha dado
esta noche en este sitio.

(*Alármanse las damas.—Movimiento en los hombres.*)

ABOGADO. ¿Cuál es?

FELIX. ¿Su nombre?

CARLOS. Lo callo.

(*Los hombres rodean á Don Cárlos.*)

MATILDE. (*Aparte.*) ¡Es caballero!

TEODORA. (*Aparte.*) ¡Respiro!

DUQUESA. (*Aparte.*) ¡Por Dios que estuve temblando!

CARLOS. Señores, no hay que cansarse,
aquí el nombre no hace al caso.
Entre estas damas hay una
á quien mi afecto consagro:
esa una cita, aunque honesta,
aquí me dió ha poco rato.
De ustedes hay tambien uno
que amante pide su mano.
Que ella elija; si yo soy
el mortal afortunado,
nada importa que se sepa
que no fué su pecho ingrato
á mi amor; si es mi rival.
¡á qué turbar su descanso!
He dicho, y ni una palabra
he de añadir, lo declaro.
(*Aparte.*) Ellas verán lo que hacen,
que yo las manos me lavo.

MATILDE. (*Aparte.*) ¡El compromiso es terrible!

DUQUESA. (*Aparte.*) ¡El nos pone en trance amargo!

TEODORA. (*Aparte.*) ¡Delante de tanta gente...!

FELIX. (*Aparte.*) ¡Faltó Matilde al recato!

ABOGADO. (*Aparte.*) ¡Será Teodora!
BANQUERO. (*Aparte.*) ¡Mi novia!
¡Si empezará tan temprano!
(*Las tres damas aparte en un grupo.—Don Felix pensativo.—El Banquero y el Abogado discutiendo.—Don Cárlos se pasea con las manos en los bolsillos.*)
MATILDE. ¿Qué hacemos, Clara?
DUQUESA. No sé.
TEODORA. El lance es estraordinario.
MATILDE. Confieso que dí la cita.
DUQUESA. Yo tambien.
TEODORA. Digo otro tanto.
MATILDE. ¡Traidor!
DUQUESA. ¡Aleve!
TEODORA. ¡Veleta!
MATILDE. Es fuerza que resolvamos,
no han de estár eternamente
esos hombres esperando.
TEODORA. Por mi parte estoy resuelta.
DUQUESA. ¿A qué niña?
TEODORA. A darle chasco.
si espera en mí.
DUQUESA. Está chiquilla
con el remedio ha acertado.
Yo la imito.
MATILDE. En hora buena:
yo ya veré lo que hago.
DUQUESA. (*Al Banquero.*) Yo cedo cuanto poseo
á Teodora si me caso.
BANQUERO. ¿A mí que me importan bienes,
si en plata y en oro nado?
DUQUESA. De mi título y persona,
entonces, dueño le hago. (*Saluda y váse.*)
CARLOS. (*A ella.*) Duquesa, mi enhorabuena:
es un marido de encargo.
BANQUERO. (*Acompañando á la Duquesa.*)
Ya verá usted qué festines
y qué galas la preparo.
(*En el salon interior se separan yéndose por una parte la Duquesa, y por otra el Banquero.*)

TEODORA. (*Al Abogado.*)
No me opongo á que usted pida
á la Duquesa mi mano.
CARLOS. (*A ella.*) Mientras él hace discursos,
piense usté en mí algunos ratos.
ABOGADO. Para merecer tal dicha,
de que indigno me declaro,
no he de parar hasta ser
prodigio parlamentario.
(*Sepáranse como los anteriores en el salon interior.*)

ESCENA XV.

MATILDE, DON CARLOS, *y* DON FELIX.

FELIX. Llegó el momento supremo.
CARLOS. Ya solos hemos quedado,
bella Matilde, y á usted
pronunciar le toca el fallo:
mas á la santa amistad,
cuyos fueros siempre acato,
perdone usted si aun en esto,
tributo humilde le pago.
(*A Felix.*) Yo por mi dicha conozco
á esta dama ha mas de un año;
de entonces, como es forzoso,
mi Felix, la sirvo y amo,
que tú tambien la adorabas
de mucho atrás, ignorando:
aunque soy, pues, tu rival.
la amistad se queda á salvo.
FELIX. Por mi parte yo te juro
que si el poder soberano
se litigase, ó tesoros,
en fin, si bienes humanos,
fácilmente renunciara
mis derechos en tí, Cárlos.
¿Pero á Matilde...? Imposible.
CARLOS. Vuestra eleccion aguardamos.
MATILDE. ¿Dispuestos á someterse?

CARLOS. ¿Pues no?
FELIX. Ya lo hemos jurado.
MATILDE. (*A Don Cárlos.*)
Cuantas dotes puede un hombre
tener para ser querido,
en usted se han reunido:
valor, talento, buen nombre...
CARLOS. ¡Tal elogio...!
MATILDE. No le asombre
á usted, amigo, es justicia.
CARLOS. Visos tiene de malicia
tanta bondad.
MATILDE. ¿Y por qué?
CARLOS. La lisonja sabe usté
que es estraña á la milicia.
MATILDE. General, en galanteos
le confieso á usted temible;
hoy en apuro terrible
nos puso.
CARLOS. ¡Yo!
MATILDE. A sus trofeos
puede añadir...
CARLOS. ¡Mis deseos!
MATILDE. Son inmensos, insaciables:
por fortuna poco estables;
y por eso nos salvamos.
CARLOS. ¿Es decir?
MATILDE. (*Señalando á Felix.*) Que nos casamos.
CARLOS. ¡Ah mujeres! ¡Variables!
MATILDE. (*Alto.*) Felix me sirve constante
desde el dia en que me vió,
su amor, su vida soy yo.
FELIX. Triunfo al fin, dichoso instante.
MATILDE. Usted galan inconstante,
ó mas bien universal...
FELIX. Dice bien.
CARLOS. No dice mal.
MATILDE. Lo mismo á mí que á Teodora
que á Clara, dice que adora.
CARLOS. La fuerza del natural.

MATILDE. Usted deslumbra y seduce,
mas no puede echar raices.
(*Da la mano á Don Felix que la estrecha apasionadamente.*)
CARLOS. Dios haga á ustedes felices.
MATILDE. Si á juicio no se reduce
usted, si no se conduce
mas cuerdo...
FELIX. ¡Por Dios, Matilde!
CARLOS. Diga usted, que escucho humilde.
MATILDE. Puede morirse soltero.
CARLOS. Pues eso es lo que yo quiero
sin quitarle ni una tilde.
Dios me dió gusto tan vario,
corazon de tal cabida,
que en él fuera una querida
golondrina en campanario.
Llámeme usted estrafalario,
mas en llegando á temer
casarme ¡cómo ha de ser!
pierdo el amor de improviso.
Naturaleza no quiso
que fuera de una mujer:
perdí tres: pérdida inmensa;
casi creo que la siento:
pero he de hallar otras ciento
á quien ame, en recompensa.
De Felix la llama intensa
logró premio... ¡Y es marido!
En fin, para eso ha nacido...!
Larga prole y buena pró...
mas pienso que no soy yo
el que peor ha salido.
Digo, si ya que Himeneo
de su templo me despide,
el público se decide
á prestarse á mi deseo.
(*Al público.*)
Señores: solo me veo,
mas si logro vuestro agrado,
me daré por consolado;

repetid, pues, la visita,
con franqueza, de levita;
ya sabeis: no estoy casado.

FIN DE LA COMEDIA.

Esta comedia es propiedad de la empresa dramática de **TALIA**, *la cual perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título, ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de* 5 *de mayo de* 1837, 8 *de abril de* 1839 *y* 4 *de marzo de* 1844, *relativas á la propiedad de obras dramáticas.*

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que ademas de no llevar el sello de la Empresa, carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.